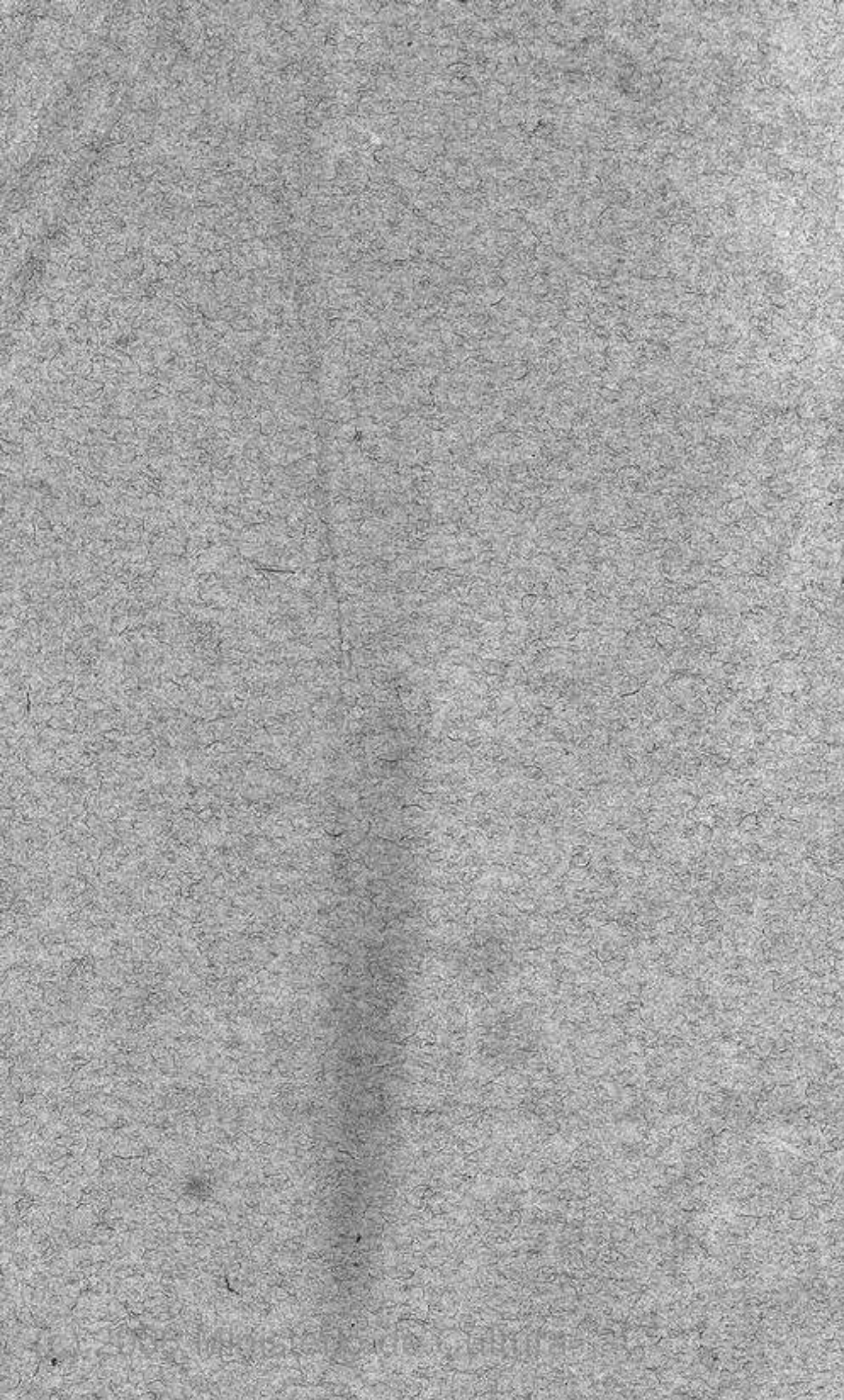


Handwritten scribbles or faint markings, possibly including the number 4806.

LIBRARY
DE
AN
Tom





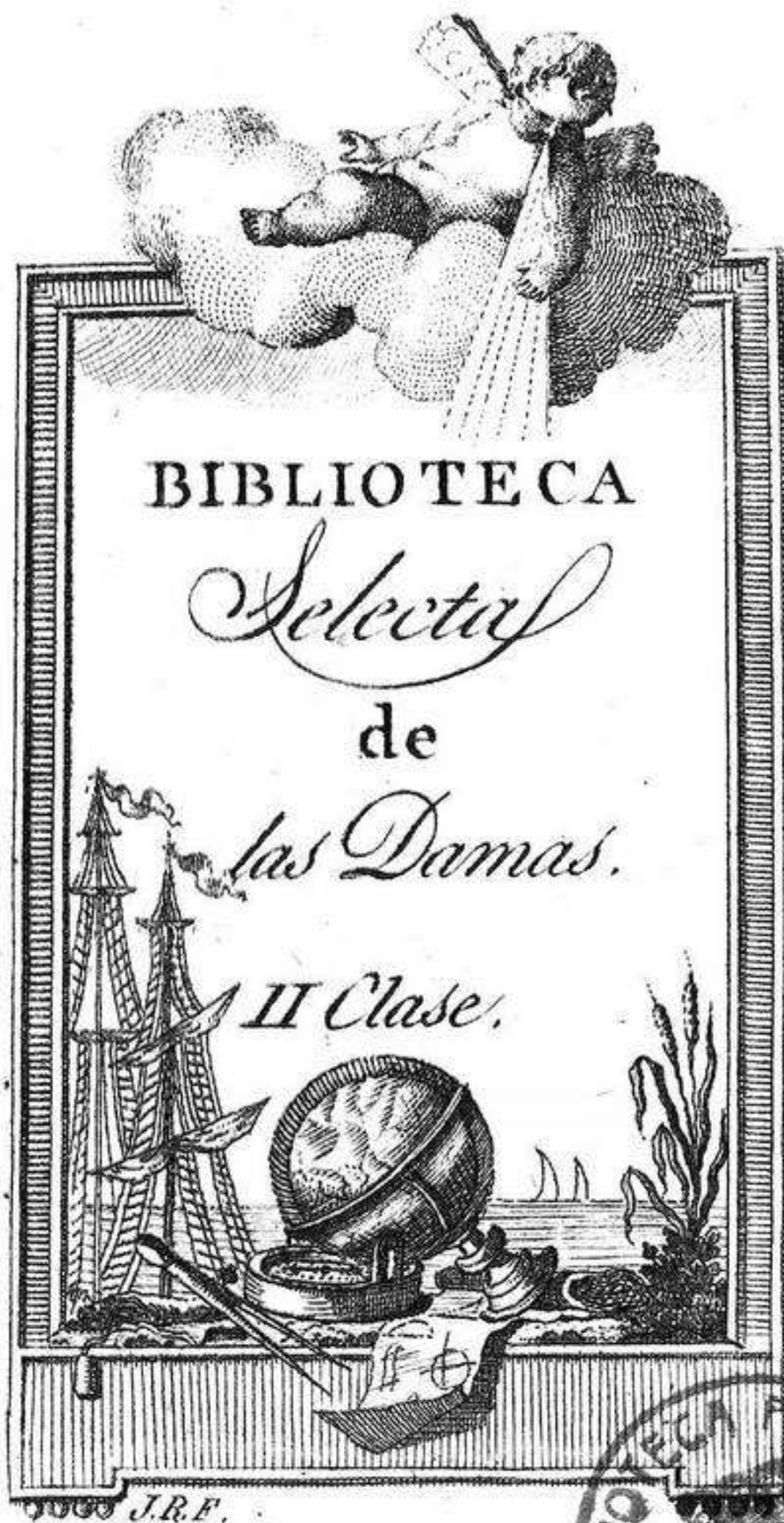
~~8~~
~~1006~~

~~4~~
~~10.107~~

Tit. 106767

C 1133906

R 344030



**BIBLIOTECA SELECTA
DE LAS DAMAS.**

TOMO SEPTIMO.

SEGUNDA CLASE.

GEOGRAFIA Y VIAGES.

UNIVERSIDAD NACIONAL

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

ELECCION
DE VIAGES MODERNOS,
QUE CONTIENE

LOS SUCESOS MAS UTILES Y AGRA-
DABLES, RELATIVOS A LAS EX-
PEDICIONES Y PRINCIPALES DES-
CUBRIMIENTOS, HECHOS AL RE-
DEDOR DEL MUNDO, Y LA DES-
CRIPCION DE LOS USOS Y COS-
TUMBRES DE LOS PUEBLOS.

TOMO CUARTO.



MADRID.

EN LA IMPRENTA DE REPULLÉS.

1806.

MINISTERIO

DE CULTURA

QUE CONTIENE

LA LEY DE PROTECCIÓN DEL PATRIMONIO CULTURAL
Y DEL MONUMENTAL, DE 1985, Y SU REGLAMENTO,
DE 1986, Y LA LEY DE PROTECCIÓN DEL PATRIMONIO
CULTURAL Y DEL MONUMENTAL, DE 1985, Y SU
REGLAMENTO, DE 1986, Y LA LEY DE PROTECCIÓN
DEL PATRIMONIO CULTURAL Y DEL MONUMENTAL,
DE 1985, Y SU REGLAMENTO, DE 1986.

LEY DE PROTECCIÓN DEL PATRIMONIO CULTURAL

Y DEL MONUMENTAL

DE 1985



ELECCION
DE VIAGES MODERNOS.

CAPITULO I.

*Descripcion general de las
islas Pelew, sus produccio-
nes, habitantes, disposi-
ciones, costumbres, reli-
gion, gobierno, &c.*



El *Antelope* no se ha-
bia equipado con el fin de
que hiciese ningun descu-

brimiento; no llevaba á bordo sábio alguno naturalista ni filósofo que se ocupase en investigaciones particulares; por lo tanto no se debe esperar encontrar aquí una relacion de observaciones sobre la historia natural de este pais; un corto número de hombres, á quienes el temor de un destierro de su patria tenia sumergidos en la afliccion, y cuyos cuidados se dirigian únicamente al recobro de su libertad, no puede dedicarse á ningunas especulaciones científicas.

Las islas Pelew, ó de Palos, estan situadas entre los 130 y 136 grados de longitud al este de Lóndres,

y entre los 5 y 9 de latitud nordeste.

Hay en ellas diferentes especies de bosques, y tres árboles muy particulares, que de ningun modo se conocen en Inglaterra. El primero es excelente; quando se le hace un agujero sale de él una substancia crasa, muy parecida á la crema. El segundo, por sus ramas se semeja al cerezo; la corteza que le cubre es un tejido tan fuerte como su interior, que es durísimo. Se resiste á todas las erramientas inglesas; por lo tocante á su color es hermoso. El último es como el almendro: los naturales le llaman *Carambolla*. Las nueces del

bettle, los ñames, (especie de patatas) el cacao; y el árbol de pan son las producciones principales con que se alimentan aquellas gentes, como tambien la naranja, el limon y la manzana de *jamboo*: estas últimas son sus mejores manzanas, y de las que le traxéron á Lee Boo, quando éste estaba para ausentarse de aquel pais, donde no se conocen los granos. Las islas Pelew estan en general bien cultivadas, pues sus naturales son muy laboriosos. Sus únicos trabajos consisten en pescar y cultivar la tierra. Cada hombre posee en ella un campo por todo el tiempo que quiere

vivir allí ; pero si le dexa por otro , el campo vuelve al rey , que es el propietario general , y quien se le dá al primero que le pide ; y cada individuo tiene su canóa propia , que mira como una cosa sagrada.

Ya diximos que no hay en toda la isla mas quadrúpedo que las ratas ; por lo tocante á las aves , las hay de diferentes especies , muy hermosas , y las mas de ellas son conocidas con el nombre de *pájaro del Trópico*.

Debemos recordar á nuestros lectores que los ingleses diéron á estos isleños una leccion que puede serles muy útil. Habia en estas

islas muchos gallos y gallinas, que miraban los naturales como animales inútiles, de los que no cuidaban, dexándolos vagar por los bosques. Algunas veces comian los huevos, con tal que estuviesen á su gusto, es decir, que no fuesen frescos; y los hallaban deliciosísimos, si tenían ya formado el pollo. En fin, se les acostumbró á comer la carne de estas aves que les gustaba ya mucho.

Tiene pocas tierras el globo tan bien provistas de toda especie de pescados como esta, particularmente de sargos, cangrejos, truchas, almejas, &c.; pero el pescado que mas estiman

es el tiburón. Comen de varias especies de mariscos, y les gustan mas crudos que condimentados. Tienen pocos pescados de agua dulce, porque en estas islas no hay mas que algunos estanques y arroyos, pero no rios. No tienen sal, y conocen muy poco el modo de condimentar lo que comen. Algunas veces ponen á cocer el pescado con yerbas en el agua del mar; pero esto no los mejora. Quando comen algo crudo, le echan un poco de zumo de limon ó naranja.

Madrugan todos mucho, y lo primero que hacen es tomar un baño; tienen diferentes públicos, y un hom-

bre no se atreve á acercarse á los sitios donde se bañan las mugeres, sin avisarlas con un grito particular. Si no se le responde, puede pasar adelante; pero si se le corresponde con otro grito, tiene que retirarse al punto. Se desayunan como á las ocho de la mañana, y se emplean despues en los negocios públicos ó particulares hasta el mediodia en que comen; cenan al ponerse el sol, y se acuestan inmediatamente.

Habrá observado el lector, que hemos hablado diferentes veces en nuestra relacion de sus confituras ó bebidas compuestas con azúcar. Las tienen en efecto, y

de diferentes especies: la mas comun la hacen raspando la almendra del cacao, y mezclándola con zumo de naranja y de otras substancias dulces. Esta bebida se compone con el xugo de cañas de azúcar que abundan en esta isla. Ponen á cocer esta mezcla á fuego lento, y se forma una quajada, segun se va calentando; y llega á endurecerse tanto, que es muy dificil el poderla cortar. Los ingleses la llamaron *Ccak-dog*; pero los naturales la conocian con el nombre de *Woozell*. Tambien hacen otra, con la fruta del árbol que digimos que se parece al almendro. Una vez diéron de esta es-

pecie de bebida al capitán Wilson , con una conserva que ellos hacen de una raíz , que se parece al nabo.

Por lo comun aquellos isleños son robustos , bien hechos , y de una figura athletica. Muchos de ellos tienen unas fuerzas extraordinarias. Son por lo general de una estatura mediana , y tienen todos un mismo color; no es enteramente negro, sino que tira al del cobre muy obscuro. Los hombres tienen agujereada la oreja izquierda , y las mugeres ambas á dos ; llevan colgando de ellas una hoja particular , y algunas veces un pedazo de concha. Tambien se

adornan la nariz con una flor que atan á la ternilla. Esta costumbre no es peculiar de los habitantes de Pelew : tambien la observan casi todas las naciones orientales , y sin duda proviene de su mucha aficion á los olores. La falta del uso hace parecer esto desagradable ; sin embargo , esta costumbre es mas grata al olfato que la del tabaco.

Sus dientes estan teñidos de negro. Lo mas que los ingleses han podido saber acerca de esta dolorosísima operacion es , que se la hacen con algunas yerbas , quando son jóvenes. Al salir de la infancia es quando se agujerean las

orejas y nariz. La única cosa que usan las mugeres que se asemeje á vestido ó ropage es la de una estera, ó especie de texido de corteza de cacaotero teñido, que llevan por la cintura, de unas nueve á diez pulgadas de ancho. Algunos de estos toneletes estan muy bien hechos y guarnecidos con granos de varias simientes secas. Erre-Bess, hija de Abba-Thulle, dió uno muy bonito al capitan Wilson para que se lo llevára á su hermanita.

Segun las observaciones mas exâctas de los ingleses, parece que los habitantes de Pelew creen en un Ser supremo, y en las recom-

pensas y castigos de la otra vida ; pero su religion tiene muy pocos ritos y ceremonias.

Los ingleses notáron en este pueblo señales muy evidentes de que está muy adherido á la supersticion de adivinar ó conocer lo futuro. Quando Lee Boo se embarcó , estuvo enfermo de mucho peligro , y dixo á Mr. Sharp : «Estoy muy cierto de que mi familia y mis amigos tienen ahora por mi causa el mayor sentimiento , porque saben el peligro en que me hallo.» Las mismas preocupaciones tenia en el instante de su muerte , segun lo diremos despues.

El hecho siguiente prueba, que él creía la existencia del alma, despues de la muerte. Estando Lee Boo en Inglaterra, le dixo el capitan Wilson, que los hombres iban á la iglesia para reformar su vida, y ganar el cielo. Lee Boo le respondió, que tambien en Pelew los perversos se quedaban sobre la tierra, y los buenos se transformaban en una suma belleza, y se iban al cielo.

Pondremos aquí uno de sus modos de adivinar, el qual creían ellos que era particular al rey, y una de sus prerogativas. Tienen una planta semejante á nuestros juncos: el rey abrió las

hojas, se las puso en el dedo del corazon, y despues predixo el exîto del suceso. Antes de la primera expedicion de Artingall, se advirtió que la respuesta era muy propicia; pero   la segunda vez, como que el augiero no correspondia con las esperanzas anteriores. En cuya conseqüencia no permitió Abba-Thulle que nadie entrase en las canóas, hasta que hubiese consultado nuevamente sus hojas, que   la tercera vez le parecieron mas favorables.

Ya conoce el lector el carácter general de los naturales de Pelew, pero a adir mos aun algunas otras observaciones: la humani-

dad es lo que mas los caracteriza. Los ingleses fuéron arrojados sobre sus costas en el estado mas deplorable; eran estos hasta unos veinte y siete, destituidos de todo auxilio, y se viéron alimentados, sostenidos, ayudados en sus trabajos, y los isleños hicieron por ellos todo quanto pudieron. Detengámonos un instante á considerar los regalos que les hicieron en el momento en que estaban para ausentarse; aquellos habitantes les diéron sus mejores provisiones, quando muchos de ellos tal vez las necesitaban para sí. Acordémonos del instante de la separacion. Las canóas se apresuran á

transportar al navío , no solamente los dones de la benevolencia , sino los tributos mas generosos que puede conceder el amor de la humanidad. ¿Y harian esto por ostentacion , por orgullo ó por alguna esperanza? No ; tantos beneficios recaian sobre unos hombres, á quienes jamas esperaban volver á ver.

A cada paso se echaba de ver su política natural: aunque eran mas observadores y curiosos que los habitantes del mar meridional, se notaba que tenian la atencion de no ser importunos ; con que está claro, que la bondad de sus costumbres era el resultado

natural de su juicio.

La atencion y cuidados de los habitantes de Pelew para con sus mugeres estan poco en uso en la mayor parte del globo. Su conducta podria servir de modelo aun á los mismos ingleses.

Su matrimonio consistia en un contrato serio y solemne, sin ninguna ceremonia formal; pero se guardan mútuamente una rigurosa fidelidad, y su decencia es siempre la misma. Tienen admitida la pluralidad de mugeres; pero por lo regular se limitan á dos: un Ruck puede tener tres, y el Rey hasta cinco. Luego que nacen sus hijos les ponen un nombre, pero sin

ceremonia alguna. Una de las mugeres de Abba-Thulle dió á luz un niño , y le diéron el nombre de *Capitan*, en memoria del capitan Wilson. No son inclinados al libertinage ; entre ellos reyna la mayor decencia. Habiendo querido un marinero inglés cortejar á una de ellas, se le despachó en términos que no se atrevió á continuar con su empresa.

Este pueblo activo , laborioso , é intrépido para arrojarse al peligro , es paciente en el infortunio , y sabe morir con resignacion.

No hay mas distincion de clases que la de algunos Rupaks ; asi , sus labores y ocupaciones son casi las mis-

mas para todos. Cercar sus plantíos ; plantar sus ñames (ó patatas) ; hacer achas pequeñas ; construir casas y canóas ; hacer esteras, y preparar los aparejos para la pesca ; hacer dardos , arcos y erramientas caseras: tal es con corta diferencia el círculo limitado de sus trabajos. Allí no se sufre la holgazanería ; las mugeres son tan laboriosas como los hombres ; y los rupacks y el rey tanto como otro qualquiera. No habia en toda la isla quien mejor supiese hacer una hacha que Abba-Thulle ; esta era su ocupacion favorita , siempre que sus asuntos de estado se lo permitian. No se conoce allí

la inaccion, á pesar de que sin erramientas convenientes para perfeccionar sus obras, tienen que suplir esta falta con un trabajo tan tenaz, que un jornalero inglés no podría resistir. Sus esteras finas, sus cestas, canastillos y adornos son tan curiosos que en consideracion á sus toscas erramientas, su habilidad es muy superior á la de los europeos que cultivan las artes.

A la ignorancia del lujo, consecuencia ordinaria de la civilizacion, debe atribuirse la felicidad continua de que disfrutan. La naturaleza ha sido á la verdad bastante escasa para con ellos; pero lo poco que les

Tom. VII.

B



ha dado, basta para hacerlos dichosos. Los hombres viven como unos hermanos; sencillos, y con pocas ideas, no aspiran mas que á lo necesario y saludable. Unidos por unos mismos intereses, cuyo principio es el mismo, se sufren mutuamente. Políticos, afables, atentos y humanos viven dichosos en un pequeño estado, donde la armonia se mantiene constantemente. Digamos algo sobre su gobierno.

El rey Abba-Thulle era la primera persona del estado, y por lo mismo se le hacian todos los honores debidos á la soberania. Tenia la primacia en la mayor parte de aquellas islas, segun

observáron los ingleses ; pero las de Artingall , Pelew, Emungs y Emellegree , creyeron que eran independientes, y que tenían el mismo género de gobierno. El modo regular de presentar sus respetos al rey consistia en poner las manos en las espaldas , y doblarse hácia el suelo. Esto se hacia , no solamente quando iba por las calles ó los campos , sino tambien quando pasaban aquellos naturales por delante de la casa en que se creia que él estaba. Su marcha y su porte eran magestuosos , y correspondientes á la dignidad de su estado. Empleaba toda la mañana en los negocios públicos que

se determinaban en el consejo de los rupacks. La junta se tenia á cielo raso, en medio de una plaza empedrada. El rey se sentaba en el centro, en una piedra mayor que la de los rupacks. Estos exponian su opinion con franqueza, segun los objetos que se trataban, y se acababa la junta, luego que el rey se levantaba.

La tarde estaba destinada para despachar memoriales, oir las peticiones y sentenciar los litigios. Por lo dicho se infiere que hay pocos pleytos en un pueblo, donde las posesiones son cortas y de poco valor; y como no tienen abogados, escribanos, procuradores, a-

gentes, oficiales de sala, &c. duran muy poco los procesos.

Las discordias y riñas, tampoco son frecuentes, porque bastaba una sola mirada de un anciano para terminar una disputa entre los jóvenes, y contener su fogosidad. Daba gusto el ver como se administraba justicia, quando se hacia alguna injuria al vecino.

Sus leyes no eran mas que la simple expresion de la conciencia sobre lo justo y lo injusto, aplicado de hombre á hombre. Entre ellos no habia ninguna especie de retórica ó eloquencia que prestase al vicio el exterior de la virtud; ni efugio alguno

que pudiese desfigurar el fraude ó la opresion. Allí no habia juramentos ; el juez sentenciaba segun su conciencia , y nunca se imponia pena alguna corporal. Tampoco se cubria de vergüenza ó infamia al convencido de haber agraviado á su vecino , como sucede á un ingles , aun quando se le ponga en la horca.

Las comisiones ó encargos se daban al rey con gran ceremonia. El encargado entregaba su comision á un rupack subalterno , quien lo ponía en manos del rey , y recibia la respuesta para comunicarla al comisionado.

Despues del rey , el ge-

neral era la persona de mayor autoridad, y la que despachaba en su ausencia. Juntaba donde le parecia los rupacks quando los necesitaba, y tenia el mando militar aun en presencia del soberano en el campo de batalla.

El general era sucesor del rey en caso de muerte; pero en el de resignacion ó renuncia del reyno debia ser Arra-Kooker; y en defecto de uno y otro, debia recaer la soberania en el hijo mayor de Abba-Thulle, despues en Lee Boo, y así sucesivamente. El rey tenia siempre á su lado un grande de un grado inferior al de general. Se le miraba

como á primer Ministro, y era muy juicioso. Nunca llevaba armas, ni iba á la guerra. No tenia mas que una sola muger, y observáron los ingleses que nunca les convidó á que entrasen en su casa.

Los rupacks eran muchos en número, y al parecer disfrutaban de la misma consideracion que los nobles en Inglaterra. Los habia de diferentes clases. Acompañaban todos al rey á la guerra, llevando cada uno de ellos cierto número de hombres con sus canóas, lanzas y dardos: esta sucesiva dependencia, como que se semeja al sistema feudal.

Todas aquellas islas parecían bien pobladas, pero no es fácil el saber su población con certeza. Quatro mil hombres fuéron á la expedición de Artingall, y aun quedó mayor número en sus hogares.

Su modo de edificar es muy ingenioso. Levantaban sus casas á unos tres pies de la tierra, á fin de precaverse de la humedad. Llenaban este hueco con piedras, y ponían encima unas tablas muy gruesas que formaban el entresuelo.

Sus canóas tenían mucha obra; las adornaban de conchas, y las pintan de colorado. La mayor de ellas podría contener hasta trein-

ta personas; y los naturales reman con tanta habilidad, que parecia que no tocaban el agua.

Hacen sus cuchillos de concha, y tan afilados que sirven para todos los usos.

No tienen sino muy pocos objetos de adorno. La concha de la tortuga les sirve para hacer platos, cucharas, cubiletes y otros basos.

CAPITULO II.

Arribo del Antelope á Inglaterra ; anécdotas del príncipe Lee Boo.

El príncipe Lee Boo, jóven dotado de excelentes prendas, y cuya suerte debe interesar á todos los lectores, es el personage principal de quien trataremos en lo que nos queda que contar de esta historia. Este príncipe se habia entregado con la mayor confianza á la proteccion y honor de unos quantos extranjeros; por seguirlos é instruirse en sus artes, abandona

su patria, sus amigos, todo quanto debe serle amado en el mundo, quando pocos meses ántes apénas sabia si exístia.

El capitan Wilson le enseñó á vestirse y mantenerse en una postura decente; pero apénas se habia puesto los vestidos, quando se quitó la capa y la chaqueta; que le parecian insoportables: sin embargo, se quedó con los pantolones, segun lo exígia la decencia, y no se los volvió á quitar ya; pero quando entró el *Antelope* en un clima mas frio, volvió á coger su capa, y chaqueta.

Observando con cuidado la conducta de los in-

gleses , y dócil á lo que se le decia , sus ideas de urbanidad y de política se fuéron desenvolviendo poco á poco , de modo que ya no se quitaba los vestidos , como no estuviese solo . Se bañaba muchas veces al dia , y ponía el mayor cuidado en que su ropa de lienzo y su persona estuviesen limpias .

Ya lograron hacerse con un piloto que los conduxo á Macao , donde arribaron al dia siguiente . El Gobernador estuvo muy atento con el capitan , y su tripulacion ; envió provisiones al navío , y la agradable noticia de que se habia hecho la paz en la Europa . El ca-

capitan Wilson, Lee Boo y los oficiales se alojaron en tierra, menos Mr. Benger que tomó el mando del navío. Al punto se envió un propio al teniente de la compañía de Canton, participándole su arribo y situacion.

Mr. M. Intyre, antiguo amigo del capitan Wilson, estuvo muy fino con ellos, y les instó mucho á que se alojasen en su casa. Estaba con él á la sazón un hidalgo portugues, quien les suplicó que entrasen ántes en la suya. Lo que él queria era que su familia viese á Lee Boo, á quien habia él visto; así, su casa fué la primera en que entró Lee Boo; pero no nos es fácil el bos-

quejar su pasmo y admiración. Las piezas, muebles y adornos eran para él una cosa tan nueva, que lo tomó como una especie de encanto. Sin embargo, se notó que en medio de su confusión, se portó con facilidad y política. Como llegó á advertir que él era para los otros un objeto de curiosidad; así como ellos lo eran para él, dexaba que le tocasen con la mayor política, y les explicó el modo que tenían en su país de agujerear las orejas y nariz, manifestándose muy contento de las atenciones que observaban con él.

Pasando á casa de Mr. M. Intyre, se le presentó

la ocasion de manifestar su buen corazon. Vió á unas pobre mugeres tártaras, que pedian limosna, llevando sus niños á cuestas: al punto repartió entre ellas sus naranjas y todas las demas cosas que tenia á mano.

Quando llegó á casa de Mr. M. Intyre, era ya tarde, de modo que estaba cubierta la mesa para la cena, é iluminada la pieza de comer. ¡Qué nueva sorpresa para Lee Boo! No creia estar sobre la tierra; pero lo que mas absorvió sus potencias, fué la vista repentina de un espejo grande, colocado á lo último de la sala. Al verse allí de pies á cabeza, pensó que detras

de la luna habia otro él mismo. Se miraba, se reia, volvía á mirarse, y no sabía que hacer. Lee Boo no fué el único en quien este espejo produjo unas impresiones terribles. Los ingleses, en el discurso de sus desgracias, veian bien los efectos que la miseria habia producido sobre el rostro de los otros; pero ninguno de ellos habia visto aun el suyo propio. Quando la luna hizo ver á cada qual lo hundidos que estaban sus ojos, y su estenuacion, se acordaron de lo mucho que habian padecido, y este recuerdo los entristeció algun tanto. A la mañana siguiente se ocupó

Lee Boo en exâminar la casa de Mr. M. Intyre, en la que encontró una multitud de otros objetos de admiracion y espanto; entre tanto los ingleses habian ido á hacer varias compras, y cada uno de ellos traxo alguna vagatela para su querido Lee Boo. Entre ellas habia un collar de cuentas de vidrio, que hizo casi volver el juicio al pobre príncipe; tanta era su alegria y admiracion. Se creyó poseedor de unos tesoros que no conocian las islas Pelew. Encantado con estas riquezas, echó á correr en busca del capitan Wilson, y le rogó que buscase un navío chino para enviar aquellas cosas

á Pelew ; y que dixesen á su padre que le habian llevado los ingleses á una tierra deliciosa, desde donde él les enviaria prontamente otros muchos regalos ; y añadió al mismo tiempo, que si las personas que enviase el capitan desempeñaban bien su encargo, las daria dos granos de aquellos. ¡ Qué dichosa es la inocencia, cuya ambicion puede satisfacerse á tan poca costa !

Miéntras que Lee Boo estuvo en Macao, tuvo la proporcion de ver gentes de diferentes naciones ; pero inmediatamente se decidió á favor de los ingleses, y con particularidad de las inglesas. Diximos ya que

en las islas Pelew no hay quadrúpedos ; y que el perro que se dexó allá , fué el primero que habian visto. Ellos le pusiéron por nombre *el Sailor* , ó el marinero ; Lee Boo llamaba así á todos quantos quadrúpedos veía ; pero los caballos le gustáron mucho , y los llamaba *Clow-Sailor* , ó el gran marino. Baxaba continuamente á verlos á la quadra, los acariciaba , dándoles palmaditas , y prontamente se atrevió á montarlos. Hizo mil instancias al capitan Wilson para que enviase uno siquiera á su tio Raa-Kook.

A pocos dias recibió cartas el capitan Wilson de Can-

ton, con letras de cambio para la tripulacion. El se embarcó con su compañía en el navío *Walpol* para Whampoa ; y el capitan Churchill dexó allí á Mr. Benger para que cuidase del *Oroolongo*, y dispusiese de él.

En pocos dias arribáron á Canton ; y Lee Boo, durante la travesía, les sirvió de entretenimiento. Ninguna cosa le admiraba tanto como la variedad de manjares que se servian en la mesa. «Mi padre (decia él) aunque Rey, es muy dichoso con servirse él mismo algunos ñames ; y un poco de chocolate. « Viendo á un borracho dixo tambien, que

nunca beberia él ningun licor porque hacen al hombre muy diverso de lo que es. Un dia vió casualmente vidrio azul, color que en su vida habia visto; le gustó tanto, que exclamó: «¡Oh! ¡si fuera posible que mis amigos de Pelew lo pudieran ver siquiera!»

Como se llegaba el tiempo de hacer partir los navíos de la compañía para Inglaterra, el capitan Wilson dió cuenta á los de su tripulacion de lo que habia sacado de la venta del *Oroolongo*, y de las demas cosas; y despues de haber repartido el importe con la mayor justicia, les habló en estos términos: «Ya esta-

mos, señores, en el caso de que cada uno de vmds. podrá seguir su inclinacion con utilidad. Antes de separarnos, debo hacer justicia al proceder que vmds. han tenido en el tiempo de tantas adversidades: han sabido conducirse ciertamente con la prudencia, valor é intrepidez propios de unos hombres íntegros; estan vmds. ciertos de que en quanto yo llegue á Inglaterra, haré presente su mérito á la compañía, que no dudo sabrá recompensar tantos trabajos.»

Mr. Wilson se habia portado con tanta afabilidad y prudencia durante su desgracia; y su exemplo les ha-

bia alentado en términos, que deseaban aun tenerle por sú comandante ; pero la eleccion no estaba en su poder: la necesidad y la razon lo habian dispuesto de diferente modo. Lee Boo y el capitan se volviéron en el navío el *Morse*, el cirujano en el *Lascelles*, y los otros fuéron embarcados en otros diferentes buques.

Continuarémos hablando del jóven Lee Boo, que en el navío mandado por el capitan Elliot empezó á dirigir su curiosidad hácia un fin mas útil. En todo lo que se le enseñaba, procuraba buscar que utilidad podria producir aquello en Pelew. Tenia un diario, y su mo-

do de hacerle es muy digno de notarse. Tenia una cuerda, en la que hacia un nudo por cada cosa que queria conservar en su memoria. Todos los dias pasaba revista á estos nudos, y acordándose de las circunstancias en que se habian hecho, los retenia mas fácilmente. Viéndole los oficiales del *Morse* como examinaba su libro de cañamo, solian decir que estaba leyendo su diario.

En santa Elena se le llevó á ver una escuela de primeras letras; se quedó tan convencido de que debia él saber leer, que rogó que le enseñáran del mismo modo que á los niños. En esta is-

la tuvo proporcion de pa-
sear á caballo frecuentemen-
te, y le gustaba mucho este e-
xercicio. Corria á galope con
mucha facilidad, y se tenia
con gracia. Antes de que el
Morse partiese de santa Ele-
na, arribó allí el *Lascelles*,
y fué mucho lo que se alegró
de volver á ver á su pri-
mer amigo Mr. Sharp.

Quando el *Morse* entró
en la Mancha, el número
de navíos que cruzaban era
tan grande, que se confun-
dió en sus *quippos*, ó dia-
rio, y se vió en la preci-
sion de interrumpirle; pe-
ro quando desembarcó en
Portsmout, los objetos que
vió fuéron tantos y tan pro-
digiosos, que como que se

absorviéron sus potencias. Se quedó muy silencioso, y no hacía ninguna pregunta.

El capitán partió para Lóndres, y dexó á Lee Boo con su hermano, quien muy pronto tomó el mismo camino en su compañía. Haciendo la descripción de este viage, dixo que se le había metido en una casita, que arrastraban unos caballos, y que él no dexaba de viajar, aun quando estuviese durmiendo.

En su arribo á Lóndres manifestó mucha alegría de volver á ver á su Mentor, su nuevo padre, á quien creía haber perdido. Quando se le enseñó su quarto, no comprendía qué uso

habia de hacer de su cama, porque era muy diferente que las que habia visto en el navío. Antes de acostarse saltó muchas veces sobre ella, despues se volvía á baxar para verla bien, y daba á entender que tenia allí quanto podia desear. Aquella era una buena tierra: buenas calles; hermosos coches; y una casa sobre otra hasta el cielo; porque como las cabañas de Pelew no tenían mas que un piso, cada alto de estas otras le parecia una casa.

El capitan Wilson presentó á Lee Boo á algunos directores de la compañía de indias, y á varios de

sus amigos ; le enseñó también los mejores edificios públicos , pero no se atrevió á llevarle al teatro , ni á otros sitios muy concurridos por el miedo de que el calor no le ocasionase las viruelas.

Se le envió á una escuela de Rotherhit y aprendió á leer y escribir. Su afabilidad le trajo despues el afecto de todos los muchachos. En las horas de recreo divertia la familia de su bienhechor, remedando las monadas de los chicos, y decia que quando volviese á Pelew pondria una escuela, y que se le miraria como á un sábio, quando les enseñase á leer él.

Quando hablaba á su protector, le llamaba siempre capitán; pero á su esposa, la llamaba madre, por mas que se le advirtió que no lo era: esta expresion le parecia á él que explicaba mejor los sentimientos que tenia para con ella.

Quando veia pedir limosna á algun jóven, decia que por qué no trabajaba; pero un anciano, ó enfermo excitaban toda su compasion. «A los pobres viejos decia es preciso darles, porque no pueden trabajar.»

Entónces podia tener unos veinte años de edad, y su estatura era mediana. Su viveza, su sensibilidad y buen humor le atraian

la estimacion general ; era tal que se daba á entender fácilmente , á pesar de que no hablaba , sino muy poco el inglés.

Su comprehension era maravillosa. Una señorita se puso un dia á tocar el clave, solo por ver la impresion que le haria la música. En esto no puso él la mayor atencion ; todo su cuidado era el ver de donde provenian , y como se formaban los sonidos. Inmediatamente empezó él á cantar una cancion de Pelew ; pero la música era tosca y grosera.

Era naturalmente político. Estando en la mesa le dixo Madama Wilson que la



serviese unas cerezas, Lee Boo iba á cojerlas con los dedos, Madama Wilson le advirtió, con suavidad que aquel era un modo impropio; al punto cogió una cuchára y se quedó corrido.

El capitán reñia un dia á sus hijos, por una pequeña falta que habian cometido, delante de Lee Boo; este lo sintió tanto, que no pudo sosegar, hasta que puso sus manos entre las de su padre, y lloró abundantemente.

Le gustaba mucho ir á la Iglesia, porque sabía que la religion lo manda así, y que el objeto ó fin es el mismo en Pelew que en Inglaterra.

Habiendo visto á Lunardi subir en un glovo aereostático, se le ocurrió esta observacion: que era este un modo ridículo de viajar, supuesto que se podía caminar en coche, donde se va cómodamente y en conversacion con otros. Examinaba con el mayor cuidado todas las plantas y árboles frutales; y se proponia llevar simientes de ellos á Pelew. En una palabra, en todas sus investigaciones nunca perdía de vista la utilidad que podrian acarrear á su patria.

CAPITULO III.

*Muerte y epitafio de
Lee Boo.*

Las viruelas viniéron á arrebatarnos á nuestro Lee Boo , quando estabamos engolfado en sus inocentes investigaciones. Se llamó al Doctor Smith , y desde su primera visita anunció las funestas consecuencias. El desgraciado enfermo tomó sin repugnancia quantas medicinas le presentáron. Como se le dixo que el capitan no las habia tenido , y que eran muy contagiosas , se sometió con

toda voluntad á la necesidad de no verle. Sabiendo que Madama Wilson estaba tambien en la cama, empezó á gritar : «qué! mi buena madre está enferma! Lee Boo se levanta, y quiere ir á verla!» Y se levantó en efecto. Mr. Sharp, cirujano del *Antelope*, le asistió tambien, pero todo fué en vano. Poco ántes de morir, se vió en un espejo. Su rostro hinchado y desfigurado, le pareció tan horrible que al punto volvió atrás la cara. En fin, aumentándose el mal, y viendo que se aproximaba su último instante; fixó sus ojos sobre Mr. Sharp y le dixo: «amigo mio, quando vayas á mi tierra

di á mi padre , que Lee Boo toma muchas bebidas para arrojar de sí las viruelas, pero que se muere ; que el capitán , y la madre bonísimos , todos los ingleses muy buenos : Oh ! sentir yo no poder decir á Abba-Thulle quantas cosas buenas tienen los ingleses ! » Entónces empezó á hacer conmemoracion de todos los regalos que le habian hecho , y rogó al cirujano que los repartiese entre sus amigos , y los rupacks. Este discurso de un hijo de la naturaleza , muriendo separado de los suyos , penetró tanto á Mr. Sharp , que derramó muchas lágrimas. Habiéndole visto Lee Boo , le dixo :

¿por qué llorar así, porque morir Lee Boo? » Creyéndose él que la enfermedad de Madama Wilson provenia de la suya, decia algunas veces gritando : « Madre! Lee Boo estar ya bueno. »

Llegando ya el momento terrible de la última separacion, dixo á Mr. Sharp, que él se ausentaba; y exhaló su último suspiro sin ninguna aprension, y con aquel ayre inocente y sencillo que demostraba en todas sus acciones. La familia, los criados, y quantos le conocian no pudieron dexar de llorar á la noticia de este triste suceso.

La compañía de las islas orientales le hizo enter-

rar en el cimiterio de Rotherhith, con todas las señales del mayor respeto. Quantos le habian conocido, y los condiscípulos de su escuela asistiéron á su entierro. Concurrió tanta gente, que no parecia sino que todo el mundo estaba instruido de sus buenas acciones. La misma compañía le erigió un sepulcro, en que puso la inscripcion siguiente:

A LA MEMORIA

DEL PRINCIPE LEE BOO,
NATURAL DE PELEW, Ó DE
LAS ISLAS DE PALOS, E HI-
JO DE ABBA-THULLE, RU-
PAK Ó REY DE LA ISLA
COOROORAA (1), QUE MU-
RIÓ EL 27 DE DICIEMBRE
DE 1784, DE EDAD
DE 20 AÑOS,

se puso esta inscripcion
sobre esta losa por la ilus-
tre compañía de las indias o-
rientales, como un testimo-

(1) Coorooraa es el nombre
propio de la isla, cuya capital es
Pelew.

nio de su gratitud por el tratamiento humano y amistoso dado por su padre al equipage de su navío el *Antelope*, capitan Wilson, que naufragó en la altura de esta isla la noche del 9 de Agosto de 1783.

Detente lector; parate! La naturaleza exige tu llanto!

AQUI YACE UN PRINCIPE:

LEE BOO, HIJO DE

LA NATURALEZA.

Este amable príncipe, arrebatado por la muerte en su juvenil edad, despues de sus cinco meses de residencia en Inglaterra, se conformaba en su traje con los

usos del país, ménos en quanto al pelo, que continuó llevándolo como en su tierra. La naturaleza le habia dado la urbanidad que la educacion da á un noble; pero estaba distante de todas las trabas que provienen del arte ó de las fórmulas establecidas por un uso facticio. Despues de su muerte se encontráron muy guardadas las simientes y huesos de las frutas que habia comido desde su arribo, con la mira de llevarlas para plantar en Pelew.

Quando nos acordamos de la suerte del pobre Lee Boo, coñocido ya del lector, se transporta uno con su imaginacion á la habita-

cion de su padre Abba-Thulle , que habia ya hecho treinta nudos en una cuerda para señalar en ella las treinta lunas que debia tardar en volver á ver á su hijo. Concluyéron estas lunas sus revoluciones periódicas ; se han desatado los nudos ; y este afligido padre no descubre ninguna vela que venga á enxugar sus ojos. Murió Lee Boo ; y aunque su familia pierde la esperanza de volverle á ver, sin embargo , la vista de un navío europeo reanimaria su consuelo , y le recordaria el querido objeto de todo su afecto. El *Ariel* tardará aun mucho tiempo en arribar á aquella ribera hospita-

lera y amiga ; pero ; cuánto dolor se seguirá á la alegría y la esperanza de su desgraciado padre!

Tiene sin duda una alma demasiadamente buena, franca y generosa para poderse sospechar , ni por el mas corto momento , que el capitán Wilson pueda ser culpable de descuido para con Lee Boo , y mucho menos de baxeza ó de ingratitude.

CAPITULO IV.

Viage de Hunter al reyno de Pegú ; particularidades de este pais.

Aunque varios europeos han recorrido las regiones del este , y sus trabajos han sido útiles á la geografía , hay sin embargo en esta parte del globo ciertos paises donde pocos viajeros han llegado ; y por consiguiente muy poco conocidos del lector.

En el número de las pasiones del género humano no suele ser la primera la de extender el dominio de

las ciencias. El deseo de adquirir riquezas es el objeto principal que fixa la atención de los hombres, y por lo regular, qualquiera region, que no parece propia para satisfacer esta pasión dominante, es despreciada. Podemos, pues, decir con razon que si conocemos las regiones remotas, lo debemos al acaso ó á alguna otra causa semejante. Al naufragio del *Antelope* somos deudores del descubrimiento de las islas Pelew; pais donde jamas ha penetrado la luz de las ciencias; pais que en su estado de naturaleza se conduce por los principios mas nobles; y que posee unas virtudes que los

hijos de la europa apénas conocen mas que por el nombre. Un acontecimiento muy semejante á este fué causa de que Mr. Hunter exâminase el reyno del Pegú en 1782 ; pasando desde Bengala al servicio de la compañía de la india oriental en un navío que fué enteramente desmantelado, y precisado á entrar en el rio de Syriam para restablecerse ; allí hizo por procurarse sobre el estado del pais todos los conocimientos que podia permitirle el poco tiempo que permaneció en él.

Pegú es el reyno de la india , situado entre los 15 y 24 grad. de latit. Tiene

por límites al oeste y al sur el mar ; al sur-este , el reyno de Siam ; al norte , la cordillera de montes que forma por este lado los límites de la china ; y al nord-este , el reyno de Ava. Tiene de largo unas seiscientas millas , sobre trescientas cincuenta de ancho.

CAPITULO V.

Situacion y clima del Pegú.

Todo el terreno es bajo ; y solo quando se está sobre la costa se puede descubrir la tierra. Añádese á esto que el agua está baja á mucha distancia de las costas , de modo que el navío no toma mas que tres ó quatro brazas ántes de alcanzar á ver la tierra. Por lo tanto , un navegante que no sabe estas circunstanCIAS, se halla confuso , y mucho mas si no está instruido en que la carta publicada en nuestro directorio inglés,

ãun en las ediciones mas recientes , pone la entrada del rio á doce millas de mas , al lado del sur. De aquí proviene , que ateniéndose á la carta el navegante que se encuentra en esta latitud , se ve sorprendido porque no descubre la tierra. Se ha corregido este error en una nueva carta del Pegú , hecha por el *Neptuno Oriental* , frances.

Por lo que acabamos de decir sobre la situacion del pais , y mucho mas por la perspectiva que se presenta al subir el rio que está por ámbos lados entre bosques y pantános , puede suponerse naturalmente que debe ser muy mal sano. Sin embargo,

Tomo VII.

D

hay fuertes motivos para creer que este juicio es muy errado. Acaso no hay en toda la india una raza de hombres mas robustos y fuertes. Tienen muy pocas enfermedades, y los mismos europeos que han vivido allí varios años, han gozado siempre de una perfecta salud. La estacion de las lluvias es malísima y enfermi-za en toda la india. Sin embargo, en el Pegú es el ay-re templado, y de una elasticidad desconocida en las otras partes que corresponden con esta estacion, lo qual presta vigor al sistema animal, y le hace capaz de sobrellevar toda especie de fatigas. Tal vez el movimien-

to rápido de las mareas será el que contribuía á la salubridad del clima: á lo ménos no conozco otra causa á que pueda atribuirse.

CAPITULO VI.

Descripcion de los habitantes del Pegú.

Los naturales de este país tienen la tez negra casi como la de los malayos: el rostro ancho, ojos grandes y negros, la nariz chata, los huesos de las mexillas altos, y la boca muy grande. Se afeytan la barba, ménos un poco de la barbilla. Llevan los dientes negros.

como un azabache , y los creen de una suma belleza, lo que sucede tambien á las demas naciones orientales.

Usan en las orejas de diferentes especies de adornos, y uno de ellos les es particular. Es una pieza de oro pequeña y arrollada en forma de pluma , de un dedo de gruesa, que se meten en un agujero hecho en la parte usual de la oreja, bastante grande para que quepa.

Esta descripcion es por lo tocante á los *Birmhas* , es decir , particular de los naturales de Ava , ó sus descendientes , que son muchos, y los quales tienen ahora el gobierno entre sus manos.

Los habitantes oriundos del Pegú tienen el rostro mas ovalado, las facciones mas regulares, y mejores que los *Birmhas*, á quienes se semejan en lo demas.

Sin embargo, los Bir-
mas, que quieren distinguirse del pueblo conquistado, se valen para esto de una marca ó señal muy rara: tienen el muslo desde la cadera á la rodilla negro como un azabache, y de una figura muy rara. En el tiempo de su infancia es quando se la ponen así. Para esto se sirven de un instrumento lleno de puntas y semejante á una carda. Se res-
tregan con él, hasta que aquella parte esté toda en-

sangrentada ; despues ponen allí un líquido ; en cuya composicion entra la agalla. Les resulta de esto una gran fiebre , y ellos mismos dicen que de cinco niños á quienes se haga esta operacion , perecen á lo ménos dos. Algunas personas de la primera clase, en lugar de esto , suelen hacerse en los muslos por unos medios muy semejantes , y tanto ó mas peligrosos , varias figuras de tigres ó de otras fieras.

Los hombres tienen el pelo largo y negro , y se ponen algunos en la cabeza un pañuelo blanco en forma de turbante ; otros la llevan adornada

con flores. Tambien suelen ponerse una tela de seda por los riñones, la que cruzan por encima de las espaldas, y cae por lo largo del cuerpo.

CAPITULO VII.

Disposicion, costumbres, religion y artes de los habitantes del Pegú.

Ninguna cosa hay para los filósofos, cuyo conocimiento pueda importarles mas que las costumbres de las naciones salvages, é incultas.

Hay algunos pueblos, cuya desconfianza toca en ferocidad, y la qual hace su

trato tan difícil como peligrosa. Los hay que el distintivo principal de su carácter es la perfidia; y otros en quienes se nota que se distinguen, no solamente por su franqueza y afabilidad, sino también por su hospitalidad: tal es el pueblo del Pegú.

Sabe portarse con los extranjeros de un modo generoso, y manifestarles una benevolencia que se creeria ajena de una nacion, que hemos tenido hasta ahora por bárbara. Es mucha la curiosidad que tienen por ver á los extranjeros y sus modales, y para esto se entran en sus casas sin ningun cumplimiento, y observan

con la mayor atencion todo quanto hacen. Tienen tambien el mayor gusto en imitar el trage y porte de los que van á su tierra ; pero si por casualidad hace algo el extranjero de lo que ellos acostumbran , los llena de gozo. Si uno entra en casa de ellos , es recibido con la mayor satisfaccion , y solo aspiran á que se reconozca el acogimiento que dan á sus huéspedes. Las naciones orientales tienen mucha reserva y fantasia , pero el pueblo del Pegú nada tiene de esto.

Su religion viene á ser la misma que la de los gentus. Su culto se dirige tambien á los espíritus malignos

con la mira de apaciguarlos; y para que les sean propicios, les hacen sus regalos como los tonquinos, y otras naciones vecinas de ellos. Sus sacerdotes son muchos en número y su poder es grande, á pesar de que viven solo de limosnas. Su gobierno es despótico.

Las artes se cultivan allí muy poco. Toda su agricultura se reduce al cultivo del arroz.

El Pegú produce mucha seda y algodón, que saben texer los naturales. Por lo comun con estos dos materiales no hacen mas que una sola pieza de diferentes colores que se parece bastante á las telas que se usan en

las montañas de Escocia, llamadas *tartan*.

En este país no hay mas edificios de piedra que los destinados para el culto religioso. Esta es la descripción de su *pagoda de oro*. Su forma es circular, ó por mejor decir, polygona de muchos costados, de unos treinta pies de altura, terminada por una piramide ovalada de mucha elevacion, que forma una línea curva como la de una trompeta. Esta pirámide ó media naranja está cubierta de oro, á cuyo rededor hay colgadas varias campanillas que menean el ayre continuamente. El edificio por abaxo es espacioso y tiene una especie

de pórtico ó tránsito que conduce hasta la especie de capilla que está separada por una rexa de hierro que se abre únicamente para las funciones religiosas. Al rededor del edificio hay muchas figuras de piedra puestas en el suelo, que representan diferentes fieras de una magnitud enorme.

CAPITULO VIII.

Objetos de su comercio.

Si los usos y costumbres de las naciones son por lo comun el objeto principal de las investigaciones del filósofo, sus producciones no merecen ménos la a-

tencion del comerciante.

La madera del *Teak*, mas abundante en el Pegú, que en qualquiera otra parte de la india es el principal artículo que hace pasar allá á los europeos. Este árbol se hace muy alto, y se parece á la encina, á excepcion de que es mas flexible y no tan duro. Se sirven de él en toda la india, no solamente para hacer sus muebles, sino tambien para la construccion de los navíos, porque se pudre ménos en el agua que qualquiera otra madera.

El estaño y la cera son tambien objetos del comercio del Pegú. Hay allí bastante oro; pero su extrac-

cion está prohibida, á pesar de que no hacen de él su numerario ó moneda. La misma prohibicion phay en la sal, de que abunda mucho aquella tierra.

CAPITULO IX.

Usos y costumbres de los Arabes.

Los árabes del desierto siguen la religion de Mahoma; pero la han desfigurado con unas supersticiones muy groseras. Pasan una vida errante por las cálidas arenas del Africa; y algunas de sus tropas andan rodando continuamente por

aquellas costas. Estan divididos en tribus, mas ó ménos considerables. Cada tribu se subdivide en hordas, y cada horda forma su acampamento en los cantones que la son mas favorables para el alimento de sus rebaños, de modo que jamas está junta una tribu entera. En casi todas estas hordas hay algunos Uadelinos, Labdesseltas, Rusiens, Latidierims, Tucanos, &c. las dos primeras clases son las de los hombres mas temibles. Saben quando les acomoda llegar talando, degollando y destruyendo hasta las puertas de Marruecos. Son unos hombres fuertes bien formados, robustos y

valerosos. Por lo comun tienen el pelo cerdoso, la barba larga, un mirar soberbio, orejas grandes, y las uñas largas como garras, de las que se sirven en sus guerras. Por todo sitio por donde pasan los Uadelinos, que son vengativos, arrogantes, guerreros, y vandidos, van esparciendo el terror y la consternacion. Sin embargo, todas estas tribus no se atreven contra sus enemigos como no les sean superiores en número.

Estos pueblos habitan con sus familias en tiendas de campaña, cubiertas de una mala tela de pelo de camello. Sus muebles consisten en dos grandes calderos

donde meten algunos trapajos, hierro viejo, tres ó quatro pellejos de cabra, y donde echan la leche y el agua: tienen algunas orteras, arreos de sus camellos, dos piedras grandes para moler la cebada, una mas pequeña para clavar en tierra las estacas de sus tiendas, una estera que les sirve de cama, y un tapiz grueso de cubertor. Sus rebaños se reducen á dos ó tres camellos (que por lo regular son hembras) algunos carneros, y varias cabras.

La obligacion con que cumplen los árabes mas escrupulosamente, es la oracion que hacen de muchos modos. La primera, empie-

za siempre ántes de salir el sol. Su talbe ó cura se distingue por una barba larga, un pedazo de tela de lana blanca y encarnada, rodeada á un cuerpo flaco y descarnado á fuerza de ayunar y por un rosario de una magnitud enorme. El entona una voz alta y lastimosa, como la de un hombre piadoso y contrito, quando no es sino la de un hipócrita. Va armado siempre con un puñal. Da unos gritos muy sonoros, con los que avisa á toda la horda para que venga baxo su estandarte á oír los elogios del profeta. Inmediatamente le rodean con un santo respeto; pero ántes de empezar

la oracion, se quitan una especie de justillo; entónces el talbe se inclina hácia la tierra; aparta con sus manos la que tiene debaxo de sus pies; toma un puñado de la que no ha pisado; y á falta de agua, se restrega con ella el rostro las manos y brazos para limpiarse de sus impurezas. El pueblo imita exâctamente esta ceremonia. Concluida la oracion, estan algun tiempo sentados en el suelo; forman con sus dedos diferentes figuras sobre la arena, y despues se la echan por la cabeza como si fuese agua. Estos barbaros manifiestan tanta devocion y respeto como puede tener otra qual-

quiera secta. Sin embargo, me parece que es imposible que pueda tenerse ménos consideracion que la que ellos tienen á la religion, despues de que se ha acabado su oracion. Las mugeres que no pueden asistir mas que por la mañana y tarde, se ponen á la entrada de sus tiendas con el rostro vuelto hácia el oriente.

El cuidado de sus rebaños se sigue á los ejercicios de la religion. Empiezan por las hembras de los camellos, pegándolas fuertes patadas para hacerlas levantar. Quando estan ya de pies quitan de sus ubres una especie de manta hecha de un tejido de cuerdas que sirve

para impedir que mamen los terneros. Entónces corre el camello hijuelo á la madre, y con sus caricias la prepara para que le dé su leche con mas abundancia. El amo y el guarda del rebaño expian con cuidado el instante en que los labios del camellito se cubren de una espuma blanca, le separan entónces de su madre, y cada uno de ellos, apretando su cabeza por ambos lados contra la tripa del animal, comprimen sus tetas, de las que suelen sacar cinco quartillos de leche.

No se creeria á no verlo hasta que punto llegan las mugeres árabes en quanto á su adorno y coquete-

ria. Se hacen con mucho arte varias trenzas de sus cabellos ; dexan colgando algunas sobre su pecho ; y atan á ellas quanto encuentran. Las he visto ponerse conchas , llavecitas, candados, anillos, botones y otras varias cosas, hurtadas á los navegantes que habian naufragado.

Quando tienen arreglados así sus cabellos, se echan por encima una tela ó velo que los cubre toda la cabeza, hasta la mitad de la nariz, y se la atan por baxo de la barbilla. Se pintan los ojos para darles mayor realce, con una aguja grande de cobre que restregan en una especie de pie-

dra azul. Todo el arte que emplean en su trage, consiste en coger bien los pliegues sin necesidad de aguja, alfileres ni cintas. Para que su adorno esté completo se tiñen de encarnado las uñas de los pies y las manos. Voy á decir lo que constituye la belleza de las mugeres de esta tierra: unos dientes blancos y menudos; tener los brazos hasta la espalda de una carne musca y blanda; el cuerpo grueso; un andar pesado: los brazos y piernas llenos de braceletes anchos como los collares de los perros; en una palabra, substituyendo desde su infancia, lo que tiene el arte de mas extrava-

gante y ridículo á las formas que las ha dado la naturaleza. ¿Podria creerse que unas mugeres tan poco delicadas fuesen subsceptibles de envidia y de la rabia de murmurar? Pues es así en efecto. Por todas partes por lo comun las mugeres son las mismas; así las ha hecho la naturaleza, y no hace mas la sociedad que desenvolver estas qualidades naturales. Las árabes tienen ademas otros defectos muy considerables, que son la pereza y la glotonería.

Los hombres tienen casi los mismos defectos. Pasan dias enteros tendidos sobre sus esteras, durmien-

do y fumando.

Se juntan algunas veces por el dia para contarse sus valentias. Cada qual habla de los enemigos que ha muerto. Si alguno de la cuadrilla miente muy á las claras, al punto se le echa el embuste en cara; toma calor la disputa, y se acaba la conversacion á puñaladas.

Podria decirse con razon que la perfidia y la trayeion han nacido en el corazon de un árabe; así nunca salen de su tienda sin todas las armas. Llevan siempre colgado al cuello, en una bolsita de cuero, todo lo mejor que tienen. Aunque estan sus tiendas de campaña sin llaves ni cer-

Tom. VII.

E

rojos , he visto algunos que tenian en ellas sus cofrecillos ; pero lo que guardan en ellos no vale medio duro ; sin embargo , son el objeto de la envidia de toda la aldea , sin excepcion del hermano , padre , ni aun del hijo del que los posee. La juventud se acostumbra allí con tiempo á manejar el puñal , á desgajar con sus uñas las entrañas de sus contrarios , y á ocultar la mentira baxo del velo de la verdad con la mayor destreza. Los que juntan con esto el arte de leer y de escribir llegan á ser los monstruos mas temibles. Puede decirse que desde su niñez se les ha familiariza-

do á los horrores de las venganzas y de los robos, que se les ha instruido en el arte de cometerlos, y con tanto gusto como si hiciesen las mayores heroycidades.

La costumbre de su pais exîge que se hospede á todo extranjero de qualquiera tribu ó canton que sea; si hubiese al mismo tiempo varios viageros, cada vecino debe escotar para el gasto del hospedage. Le salen todos al encuentro, le dan la enhorabuena de su llegada, y llevan su equipage hasta el sitio donde se debe quedar por la noche; pues es una regla infalible la de que un extranjero no puede ser admitido en la tien-

da. En quanto se acaba esta ceremonia , se sientan todos al rededor de su nuevo convidado, y le hacen mil preguntas sobre la tierra de donde viene ; si tal tribu ha desamparado ya el terreno que ocupaba , &c.

No es facil el explicar á quanto llegan el orgullo y la ignorancia de los árabes. No solamente se creen ser el primer pueblo del mundo , sino que tienen la ridícula vanidad de pensar que no sale el sol mas que para ellos. Tambien creen que las estrellas son hijas de la luna.

La guerra no es para los árabes mas que un estado de robo y de rapiña.

Ellos no la hacen mas que para entregarse á la indolencia con los rebaños y las mieses hurtadas al enemigo. Un dia que los atos de ganado andaban dispersos por aquellas llanuras , uno de los guardas todo sofocado vino á advertirnos que se veian en la altura de los montes muchos destacamentos de vadelinos (1) que venian á robar los rebaños. Al punto se tocó la generala , cogiéron todos las armas , y saliéron al encuentro al enemigo. Los que estaban á caballo desa-

(1) No eran sino Mr. Brison y sus desgraciados compañeros ; de los que hablaremos en el c. XII. de este tomo.

pareciéron inmediatamente entre una nube de polvo. El camello con sus largas zancadas no era ménos ágil que el caballo. Movido por los gritos del que llevaba acuestas, se metia entre la multitud, y hacia con sus dientes tanta carnicería como el fusil. Los árabes nunca acometen en órden de batalla. Se cogen cuerpo á cuerpo, y hay tantas batallas, como guerreros. El que triunfa de su enemigo, le quita sus armas, sus arreos de montar, y escapa para guardar en parage seguro los frutos de su victoria. Otros viéndose mas fuertes se encarnizan en sus adversarios; los dan de puñala-

das, y con sus uñas, que se dexan crecer para esto, les arrancan las entrañas. Suele suceder frecuentemente que el que se ha acostado mas rico y con mas rebaños, se ve á la mañana siguiente reducido á la mayor miseria y despojado de todo, por el que nada tenia la tarde ántes. Las tribus mas débiles, para no estar tan expuestas, viven en los sitios mas retirados y se separan particularmente de los Vadelinos y Labdessebas.

Concluida la batalla, cada partido abre cierto número de sepulturas, y se llama á los talbes para que pasen al campo de batalla, y cumplan con las funcio-

nes de su ministerio : estas consisten en decir algunas palabras rezadas sobre unos puñados de arena que cogen en una concha, y rociar con ella las desgraciadas víctimas que estan heridas de muerte ; despues les rodean al cuerpo una charpa y una especie de rosario. Quando dan la última bocanada, echan el cuerpo en la sepultura, siempre sobre el lado izquierdo, y con el rostro vuelto hácia el oriente, á fin de que puedan mirar al sepulcro de su profeta. Despues lavantan sobre estas sepulturas un monton de piedras en forma de pirámides : tales son los monumentos erigidos en ho-

nor de estos guerreros vandidos. Su edad se demuestra por el terreno que sus cuerpos ocupan. Las mugeres llorosas hacen mil extremos, dando vueltas al rededor de estos mausoleos. Sus gestos, guiños y suspiros se dan con cadencia, y forman un espectáculo verdaderamente ridículo. Nunca pasan los viageros por delante de estos sepulcros sin dexar en tierra sus báculos, y despues de una corta oracion ponen allí otras varias piedras que indican los votos que han hecho por el descanso del difunto. Concluidas las ceremonias funerales, no se oyen mas que lamentos y gritos de llanto por toda la

aldea. Confunden todos sus lágrimas con las de los parientes del muerto, y se muda su tienda á otro parage. Todos sus efectos se ponen al ayre. Para consolar los amigos y parientes, se busca el carnero mas gordo, se le deguella, y se le comen cocido: este es el sacrificio que se ofrece á la memoria del difunto. Concluida la comida se acaban los odios. He visto á la mañana siguiente del combate, hacerse sus visitas recíprocas, y dar la enhorabuena al enemigo que habian herido. Lo que me ha parecido muy extraordinario es que no emplean sino tierra para curar las lla-

gas mas profundas. Para apaciguar los dolores recurren á otro expediente muy cruel, que es el de aplicarse un hierro hecho ascua. Tambien es cierto que hay entre ellos pocas enfermedades.

Estos bárbaros tienen algunas veces la fortuna de ver sus campos cubiertos de abundantes mieses ; pero no esperan á que esten en sazón ; las siegan y las hacen secar , sin reflexionar que, con esta costumbre se privan de la abundancia necesaria para el alimento de su familia , y de la paja para los animales , que se ven obligados continuamente á pacer las ojas secas de los árboles , y que ellos mis-

mos por falta de precaucion se encuentran reducidos á tener que comerse las sillas y correas de los arreos de sus camellos. Yo no podia ver sin sentimiento el poco cuidado que ponen en el cultivo de sus campos.

Los árabes no disimulan ninguna de sus acciones como no sean los crímenes que procuran cometer por la noche.

Ninguna cosa celebran tanto como la vuelta de sus camellos quando vienen cargados con unas especies de botas llenas de agua. El sabor que ésta adquiere es muy desagradable ; sin embargo, como el agua es tan rara en estas regiones, la be-

ben con la mayor ánsia.

Por lo comun se cree en Europa que rabia un perro, si está muy sediento. En los desiertos de Arabia apénas la prueban. Los camellos pasan algunas veces dos, tres, ó mas semanas sin una gota de agua; y poco ménos las cabras y obejas. En una palabra, si los árabes no tuviesen caballos, talvez jamas irian á buscar agua, y esperarían la que cae del cielo, que por lo regular suele ser únicamente por el mes de Octubre.

Un marido no puede despedir su muger sin el permiso de los ancianos de la aldea, quienes jamas se le niegan. Las mugeres son

tratadas con el mayor rigor, como sucede en todas las cuadrillas salvages ó poco civilizadas. A pesar de que estas mugeres son mal tratadas, son extremadamente fieles á sus maridos.

Los árabes se alegran infinito con el nacimiento de un hijo. Ya puede pensarse fácilmente que no hay allí comadre, ni cirujano que asista á las madres; por lo común estan solas en el instante del parto.

Toda muger árabe que da á luz un hijo, se pinta de negro el rostro por el espacio de quarenta dias para manifestar su alegría. Si lo que nace es una hija, no se ennegrece mas que

por veinte dias , con lo que manifiesta media alegría nada mas. He visto á estas bárbaras mugeres partir el mismo dia del parto para ir á campar á las quince ó veinte leguas. Se las lleva en una especie de cuna, que va atada sobre la carga que lleva el camello; y como en esta situacion van muy visibles, procuran vestirse lo mejor que pueden con sus raros adornos. Por lo regular son las mugeres las que quitan las estacas de la tienda, quando quieren sus maridos ir á campar á otro sitio : tambien es de su inspeccion el cargar los camellos , á vista de su marido. Quando

este monta á caballo, es la muger la que le pone las espuelas; y mas que ella cayese y se desnucára, nada le importa al marido, con tal que la encuentre pronta para servirle el tarro de leche y de manteca. No puede darse arrogancia igual que la de un árabe con su muger, ni humildad semejante á la de estas mugeres en presencia de sus maridos. A ellas no las admiten en sus comidas. Se retiran en quanto les han servido, hasta que sus tiranos quieran llamarlas, para darlas lo que ellos han dexado. Un árabe no puede con ningun motivo entrar en la tienda de sus vecinos. Quan-

do tiene necesidad de hablar á alguno, le llama desde fuera, y la muger que oie su voz, se echa al punto su velo: lo mismo hace tambien quando tiene que pasar por delante de alguno. Un marido quebrantaria la honestidad, si entrando en su propia tienda, se acostase sobre la estera que usa su muger. No puede tener este privilegio hasta despues que ella se ha retirado para acostarse. Sin embargo, los maridos son muy complacientes para con sus mugeres, durante el tiempo de su embarazo. Son raras las familias donde no se vean siempre cinco ó seis hijos; y como está per-

mitida la pluralidad de mugeres, puede discurrirse fácilmente su mucha población. Aunque tenga un hombre muchas mugeres, viven todas debaxo del mismo techo.

La nueva tienda que acaba de ponerse para habitación de unos recién casados, se distingue de las demás por una bandera blanca. El día de la boda hace el marido matar un camello para regalar al acompañamiento: las mugeres casadas ó solteras se juntan todas indistintamente alrededor de la que toca el tamboril. Sentado en tierra el marido toca con una mano este instrumento, y for-

mando con la otra una especie de trompeta, acompaña al sonido del tambor con unos haullidos espantosos, y con el ruido de una cadena que menea con sus brazos. Una persona sola es la que danza al ruido de esta agradable música. Brinca, salta, y se agita del modo mas raro; sus brazos, caidos adelante, forman diferentes gestos, mientras que todos los asistentes llevan el compas, dando palmadas.

CAPITULO X.

Costumbres y caractéres de los turcos, por un Frances en 1784.

He hablado ya en dos cartas de los entretenimientos de los turcos; sin embargo, nada he dicho ni de sus costumbres, ni de su carácter nacional, esperando para esto á que el tiempo me los hiciese conocer mas; pero parto esta tarde, y no puedo dexar el pais sin procurar dar á Vmd. alguna idea de sus naturales.

Los turcos, pueblo an-

tiguamente fiero y belicoso, como que se semejan oy al genio suave que distingue las naciones del Asia. El espíritu de paz que prohíbe á los Bramas quitar la vida á los animales, anima tambien y reyna entre los habitantes del Bósphoro. Sin duda habrá Vmd. oido hablar del cuidado que tienen en Constantinopla con los perros y gastos de que están llenas las calles. No se extiende á estos animales únicamente la liberalidad de los turcos. Se ve en los tejados un número infinito de pichones y palomas que se cruzan por los ayres y se juntan sobre los barcos cargados de granos. Hay la cos-

tumbre de darles cierta medida por cada saco, y no parece sino que vienen á reclamar su derecho. Las aves anfivias de que está cubierto el canal, no dexan sus puestos hasta que el remo está para descargar sobre ellas. Sus nidos son respetados aun por los muchachos, para quienes son el mayor regalo en qualquiera otra tierra. Viendo un observador la mútua confianza que aquí reyna entre el hombre y los animales, como que se persuade fácilmente á que se halla transportado á los tiempos dichosos de la infancia de la naturaleza. Tambien tienen los turcos esta condescendencia

con los árboles. Es un delito enorme el cortarlos, y el vecindario gritaría, si se verificase este caso, sintiendo la pérdida de la utilidad de su sombra. Por lo regular los árboles viejos están cercados de un parapeto ó dique que sirve para cubrir su tronco, y preservar sus raíces. Los pequeños están cubiertos con esteras, y esto se practica aun en los campos de propiedad común, que no tienen un dueño particular.

Los turcos se parecen también mucho á las demas naciones del oriente, en su gusto por la pompa y la ostentacion. Esta circunstancia se advierte por el

observador á primera vista. Para despertar la idea de la mayor magnificencia basta el citar los paseos del gran señor por el agua; su marcha á la mezquita; y la partida de la carabana para la Meca: estos objetos son ciertamente espectáculos maravillosos que pasman y admiran por su grandeza; aunque esta pompa no debe atribuirse tanto al gusto, como á la etiqueta. Aquellos sugetos á quienes no obligan sus officios á semejante luxo, se ahorran de él con mucho gusto y sin trabajo. La casa de un exterior regular suele ocultar comunmente uno de los mas ricos habitantes de la ciudad. Este

se reserva toda la suntuosidad de la elegancia y del buen gusto para la habitacion de las mugeres, las que por su parte no se atavian sino para él solo. Su máxîma favorita es la de gozar *sin darlo á entender*; de allí proviene aquella filosofía tan dulce, que solamente se halla en los escritos de los orientales, la qual desecha las paradoxas brillantes, y solo se anuncia por algunos apologos, cuya sencillez conmueve el espíritu. De allí es de donde la poesía saca su mayor riqueza como de su verdadero origen; las imágenes que ésta presenta son tomadas siempre de la naturale-

za y sus mas bellas producciones. Sin duda que nació la alegoría en el oriente para suplir á la libertad, y ponerse á cubierto del despotismo; allí conserva toda su belleza, como una planta que crece en su país natural; y la moralidad, oculta baxo de un belo ligero, no inclina el espíritu mas que hácia el desprecio de las grandezas: la felicidad de la vida privada, y mucho mas el amor al sosiego tienen muchos atractivos para los ojos de los orientales. En prueba de lo que estoy diciendo, los paseos públicos no tienen ningun nombre particular: son deliciosísimos, y hay mu-

chos de ellos : estan contruidos como una especie de terrados en los mejores sitios , á la sombra de un plátano , con su fuente inmediata , un pabellon muy cómodo para tomar el cafe , y con un *micrab* para hacer la oracion. El autor de estos devotos monumentos procura siempre grabar su nombre en ellos para que no le olviden los que vengán allí á descansar. Aquí es tambien , donde el habitante de Constantinopla pone su sofá , y su alfombra , donde viene á gozar en paz de las bellezas de la naturaleza , y donde pasa dias enteros con unos dulces sue

ños, Esta especie de placeres no causan impresion en un espíritu activo; se reservan únicamente para los que gustan de la contemplacion.

CAPITULO XI.

Deecripcion de la ciudad del Cayro en Egypto por el mismo autor : ceremonias practicadas en la salida de la Caravana para la Meca.

La ciudad del Cayro no me presentó una perspectiva muy agradable quando llegué á ella. Habia ya tres meses que la estaba destruyendo el hambre terriblemente. Allí vi los desastres de esta terrible plaga de la qual no me habian dado los historiadores mas que una leve idea. La a-

avaricia de los Beyes fué la principal causa : enmedio de la mayor escasez hacian extraer el trigo. Esta mala conducta hizo subir su precio á diez tantos mas del que regularmente tiene. En quanto conoció el pueblo el monopolio infame , se juntó en las mezquitas , maldixo á sus dueños , y rogó al cielo que enviase la peste para acabar con su miseria ; pero su furor se contentó con esto. Ahora estamos viendo por las calles una infinita multitud de viejos , de mugeres y niños enteramente desnudos , flacos , palidos y desfigurados. A pesar de la miseria pública se regalan los ricos.

Mis ventanas caen al kalisch, que es la calle principal del Cayro en la estación presente. Tenemos en ella espectáculos ambulantes de toda especie: pues esta ciudad es célebre por este género de diversiones. He visto ya unos hombres que llevan una especie de mono grande con una cola muy larga, al que hacen vaylar pagándoles las gentes. Me parece que no conoció Mr. Buffon el tal animal. Hay otros de estos titiriteros que se sacuden fuertes latigazos con culebras de á diez pies de largas; otros saltan por enmedio de pequeños arcos guarnecidos de puñales. Pero lo que hay mas curio-

so en el Cayro es lo que ellos llaman *Rag-houaz* ó danza de mugeres, que por lo regular son muy bonitas. Al lado de estas sirenas me enseñó una pobre madre su tierno niño que acababa de espirar de necesidad.

La calle de que estoy hablando se convertirá mañana en un canal, y se hará entrar en ella las aguas del Nilo con toda la pompa posible. El fin de esta ceremonia es para hacer saber al pueblo que se ha levantado este rio á su altura regular. Se me ha dicho que esto merece verse, si es así no dexaré de participarselo á vmd.....

La función ha sido brillante ; era inmenso el gentío que ha habido en las calles , ventanas , y aun en los tejados. A los principios se apoderó el susto de todos los corazones , á vista del agua que entraba muy despacio ; pero se sosegaron prontamente todos los desgraciados , de quienes hablé anteriormente ; diéron terribles gritos de alegría , sin pensar en que el hambre hará perecer al ménos la mitad de ellos ántes de la cosecha próxîma. Es increíble el respeto supersticioso que tienen los egypcios al río que les alimenta. Algunos de ellos tenían el gusto de pasearse por las aguas

cenagosas ; las madres bañaban sus hijos, que salian de allí negros como unos topos ; en fin el pueblo siguió allí , hasta que el agua , que crecia á cada instante , le obligó á retirarse. Desde aquel dia el Kalisch está cubierto de barcos muy compuestos. Los que reman acompañan sus movimientos con un cántico un poco monótono , pero bastante armonioso , y que no participa de la disonancia de la música turca. El baxá y los beyes asisten á la abertura del Kalisch , y dan testimonio por escrito de que ha entrado hasta allí el agua ; sin estas formalidades no podría exîgir el gran señor el

tributo que pagan los egypcios.

Voy á hacer la descripción de otra gran ceremonia. La caravana ha partido esta mañana para la Meca. Los ogiaks y los beyes de todos los cuerpos de la milicia y de todas las sectas toleradas en el Cayro la acompañaban. Selim II. fué el que arregló esta marcha despues de la conquista del Egypto; y se conserva aun el traje antiguo, que es una cota de malla cubierta con piel de tigre, un velo que cubre la cabeza y el cuerpo, una aljaba y rodela guarnecidas de perlas y otras piedras preciosas, unas flechas doradas, y una espe-

cie de lanza de que se servian los árabes. Entre las sectas más notables se distinguia la de los *Mahvis*, conocida antiguamente con el nombre de *Ophiophagi*, ó comedores de serpientes. Llevaban en cada mano un manojo de culebras que iban devorando con gestos estudiados para atraerse la atención y el respeto del pueblo ; pero á lo que más miraba este era al camello que llevaba el mahmal, especie de estandarte en que se cree que van á la Meca las oraciones de todo buen musulmán. Detras de este camello iba el estandarte de Mahoma que cerraba la marcha. El gusto de ver es-

to no duró mucho para mí ni mis compañeros, pues á pesar del cuidado que tuvimos en ocultarnos detras de una especie de tablado, nuestros turbantes, hechos á la *Druza*, y nuestro ayre extranjero nos hicieron conocer de algunos mamelucos jóvenes, quienes desde un tejado nos tiraron naranjas verdes y varias piedras que correspondian bastante con su poca destreza. Los zerchis se divirtieron tambien tirándonos algunas flechas, que por fortuna no nos acertaron, y nos volvimos salvos y sanos.

CAPITULO XII.

*Relacion del noufragio y
couterio de Mr. Brison
en 1787.*

A mi vuelta á Francia, el conde de la Lucerna, ministro de marina, á quien entregué mis despachos me instó á que publicase la relacion siguiente. Obedeciéndole he seguido escrupulosamente la verdad mas exacta, sin otras miras que la de ser útil á mis conciudadanos, y á todo el mundo.

Ya habia yo hecho otros varios viages á Africa, quando el mariscal de Cas-

tries , ministro de marina, antecesor de Mr. de la Lucerna , me dió una comision en el mes de Junio de 1785 para la isla de San Luis, en el Senegal. Me embarqué en el *Santa Catalina* al mando de Mr. le Turc. El 10 de Julio pasamos por entre las islas Canarias y la de Palma. De allí á poco, por no querer el capitan seguir mis consejos , cayó sobre los bancos de arena.

El golpe fué muy violento ; nos vimos desmantelados , y las velas se rasgaron en mil pedazos. El terror nos sobrecogió á todos; los gritos de los marineros, los bramidos y la violencia de las olas hacian la escena

mucho mas horrorosa. Era tal la consternacion , que nadie pensaba en salvárse; sin embargo , hicimos los últimos esfuerzos para librar el buque , pero todo fué en vano, pues el fondo estaba ya lleno de agua.

Nuestro mal hubiera carecido de remedio , si Mr. Yan , un teniente , tres marineros ingleses , Mr. Suret y algunos otros no me hubiesen ayudado á echar la lancha al agua. Batallamos toda la noche contra el furor de las olas , y no apareció la luz del dia sino para sumergirnos en otra desgracia no ménos terrible.

Se volcó nuestra lancha, nos separamos todos , y fui-

mos arrojados sobre diferentes bancos de arena, ménos Mr. Devoise, hermano del consul de Tripoli, que se ahogó entre las olas. Yo tuve la felicidad de salvarme. Nuestros compañeros de desgracia que se habian quedado á bordo, estaban sin el menor remedio. Me eché segunda vez á nado con Mr. Yan, y volvimos á coger la lancha. Los que estaban ya en tierra, siguiéron nuestro exemplo, navegamos hácia el navío, y logramos salvar la tripulacion. Ah! celebramos infinito haber podido escapar de este primer peligro, pero prontamente volvimos á caer en otros mas trabajosos.

Rodeados de escarpadas peñas gateamos como pudimos hasta lo alto. Descubrimos desde allí una llanura inmensa, cubierta de matorrales, y rodeada de colinas. Vimos unos muchachos que guardaban un rebaño de cabras. Apenas nos descubrieron, empezaron á dar grandes gritos. Los habitantes de aquel territorio se juntaron inmediatamente, y al acercarse á nosotros, entonaron unos grandes ahullidos, y se pusieron á baylar. Los dos tenientes, y algunos de nuestros compañeros se habian separado de nosotros; al punto fuéron rodeados por una multitud que los co-

gió de los cabezones. Entónces ví con la refraccion del sol que los salvages tenían todos puñales. Nosotros nos habiamos acercado á ellos sin miedo ni sospecha,

No me fué posible contener nuestras gentes. Huian desesperados, sin saber adonde. Les ví inmediatamente ceder á los golpes de los árabes, que los despojaron en un todo.

CAPITULO XIII.

*Mr. Brison cae en manos
de un Talbe.*

Yo no tenia mas riquezas que dos buenas muestras, una evilla de corbatin de oro, un par de broches de plata, una sortija de diamantes, un baso de plata, y doscientas veinte pesetas en maneda. Se las ofrecí á un árabe que estaba allí sin armas, y prometió tratarme bien. Después conocí que era un talbe ó sacerdote. El dinero particularmente le llenó el ojo.

La noticia de nuestro naufragio se habia ya esparcido por toda aquella tierra ; al punto nos vimos rodeados de enjambres de bárbaros.

Los que llegaron últimamente se agarraron con los primeros ; y quedaron muchos de estos sobre el campo de batalla. Raviosas las mugeres porque no podian saquear el navío , se echáron sobre nosotros con la mayor furia , y nos arrancáron nuestros vestidos. El mio , que parecia mejor , se llevó mas su atencion.

El talbe, mi amo, que era bastante cobarde , llamó á parte dos amigos suyos , y partió con ellos doce per-

sonas de nuestro equipage que se habian entragado á él ; despues de esto marchó de allí para poner nos al abrigo de las injurias de aquellas barbaras gentes. Nos llevó á mas de una legua de la ribera del mar , y nos hizo entrar en una miserable cabaña. Su primer cuidado fué el de registrarnos ; mis camañeros , por desgracia , no habian podido guardar nada del primer saqueo ; sintió él tanto esto , y se retiró en términos , que les quito hasta la camisa. Quiso hacer lo mismo conmigo , pero le hice ver que le habia ya dado bastante , y me dexó tranquilo. Ignorando aun

en que manos habíamos caído, le pregunté por señas, ó como pude: «¿como te llamas y de qué tribu eres? ¿por qué has huido en quanto viste aquellos árabes que corrian hácia la ribera? Mi nombre (me respondió él) es Sidy Mahmet de Zouze; mi tribu es la de Labdesseba; eché a huir en quanto llegaron los Uadelinos, porque nos detestamos mutuamente. «Mucho me acongojé luego que supe que habíamos caído en manos del pueblo mas feroz que habita en los desiertos del Africa.

El talbe se volvió á la ribera, por si encontraba aun algo que pillar. Du-

rante su ausencia nos descubrió un partido de Uadelinos, los que destruyeron nuestra cabaña, y nos sacúdiéron unos terribles golpes. Yo estaba casi espirando, quando uno de los compañeros del talbe vino á socorrernos; despues pidió mi persona delante de una numerosa esamblea, por recompensa de su valor. El talbe se opuso fuertemente á su demanda, y le amenazó con todo su resentimiento. El otro le respondió «pues ya que dices que debe ser tuyo, y no puede ser mio, morirá por mis propias manos.» Al punto desembaynó su puñal para clavarmelo. Yo estaba ya medio muer-

to, quando mi amo, sin perder un instante me echó al cuello una especie de rosario (1) muy largo, y cogió un librillo que llevaba colgando en su cintura. Las mugeres me arrancan de las manos de Nonegem, y me entregan al furioso talbe: ellas temian no echase una excomunion contra su antagonista.

— Apenas recobré mis sentidos, no pude contener mi llanto. En vano me esforcé para ocultarle: algunas mugeres llegaron á notarlo, y en lugar de compadecerse de mi infortunio, me echáron

(1) Es un cordon lleno de vueltas gruesas.

arena en los ojos para enxugarlos, como ellas decian. Por fortuna era de noche, y á favor de la obscuridad, pude huir de la furia de aquellos monstruos.

Ya llevabamos tres dias de nuestro cautiverio, y no habiamos comido mas que un poco de harina de cebada, mezclada con el agua del mar; y aun nos interrumpian en nuestro miserable banquete los gritos horrorosos que resonaban por los alrededores de nuestra cabaña.

Unos dias ántes de nuestro naufragio, esta tribu de árabes, con quienes viviamos, se habia acercado á las costas del mar para recoger

el grano de las plantas silvestres que les sirve de alimento en lo interior del país. Estaban ya para volverse á sus desiertos con sus provisiones y los prisioneros que habían hecho para huir de los Uadelinos sus enemigos.

CAPITULO XIV.

*Modo de viajar por los
desiertos.*

Despues de haber pasado por unos montes de una prodigiosa altura, y cubiertos de piedrecitas pardas, tan cortantes como piedras de escopeta, baxamos á un valle arenisco, lleno de cardos silvestres. Yo tenia las plantas de los pies todas ensangrentadas, y no podia dar un paso. Mi amo me hizo montar con él en su camello ; pero la gracia que pensaba hacerme, léjos de aliviarme, produjo en mi un efecto

contrario. El trote del camello es naturalmente muy desigual y pesado. Como estaba yo desnudo, corría la sangre por mis muslos, y este desgraciado incidente, lejos de conmover á compasion á aquellos bárbaros, les servia de recreo. Arreaban los camellos para hacerme padecer mas. Estaba ya enteramente desgajado, y tuve que echarme al suelo. Todo mi cuerpo se llenó de heridas al caer sobre los cardos. Cubierto de sangre, y lleno de cansancio, seguí tendido por tierra, esperando que viniese la muerte á librarme de mis penas. Un árabe de nuestra compañía vino luego á sa-

carme de mis tristes reflexiones, y me hizo levantar para que le descargase su camello. Castigué con desesperacion su temeridad, y me fué mejor así en lo sucesivo.

Noté ciertos preparativos entre ellos, que no dexáron de asustarme. Pusieron unos guijarros hechos asqua en una sarten grande, é hicieron un agujero en la tierra, repitiendo muchas veces mi nombre, y riyéndose á carcajadas. Despues de esto el árabe á quien yo acababa de sacudir, empezó á hacerme señas, manifestándome que iban á degollarme; pero me llené de admiracion vién-

doles sacar de aquel agujero un pellejo de cabra lleno de agua, un saco de harina de cebada, y una cabra que parecia que se acababa de matar. Viendo estas provisiones, me tranquilicé algun tanto, aunque no supiese aun con que designio hacian ascua los guijarros. Les ví por último llenar de agua un gran cubo donde habian echado la harina de cebada, y donde metieron los guijarros para herbirla. Así hicieron un pastel, que amasaron con sus manos puercas, y se lo trágaron sin necesidad de mascar; por lo tocante á nosotros, sus pobres esclavos, se nos tiró en el suelo

un poco de ello. Lo mismo nos sucedió al día siguiente con la comida de carne que ellos devoraron sin tomarse el trabajo siquiera de sacudir la arena que tenía encima. Después que royeron bien los huesos, nos los tiraron también, encargándonos que nos diésemos prisa á comer, y echasemos la carga á los comellos para continuar la marcha.

Las mugeres eran aun mas feroces que los hombres; se complacian seguramente en atormentarnos.

Después de haber pasado tres dias con los árabes de Roussie, continuamos nuestra ruta hácia el extremo de los desiertos, donde

vivia la familia de nuestros conductores. Al cabo de diez y seis días de camino, llegamos allá en el estado mas deplorable.

Las mugeres esperaban á sus maridos á la puerta de sus tiendas. En quanto llegamos les saliéron al encuentro con un ayre muy sumiso. Cada qual puso su mano derecha sobre la cabeza de su marido, y la besó despues de haberse arrodillado delante de él.

Concluida esta ceremonia procuráron satisfacer su curiosidad, informándose de nuestras circunstancias, y empezáron á insultarnos; nos escupian en la cara, y nos tiraban piedras. Los

chicos, siguiendo el ejemplo de sus madres, nos pellizcaban y daban repelones. Las barbaras mugeres los animaban y se reian de nuestro tormento.

En quanto se hizo la particion de los esclavos, la favorita del talbe (á quien habia yo tocado, con los señores Defoine y Baudre) nos mandó descargar los camellos; limpiar una especie de caldera que tenia, y arrancar raices para haer lumbre. Tales eran los exercicios en que nos empleabamos.

Un dia iba yo á buscar la leña; pero ¡qual sería mi sobresalto, encontrándome á la vuelta con dos de mis

compañeros desfallecidos y casi espirando sobre la arena! Su excesiva debilidad no les habia permitido cumplir lo que se les habia mandado. Mis terribles gritos despertaron á mi amo, y aunque apenas podia hacerme entender, le dixe así: ¿no nos has traído aquí sino para hacernos asesinar por esa cruel muger? ¿Es esta la promesa que me hiciste? Llevame sin dilacion al Senegal ó á Marruecos, y si no haré que te quiten quanto te tengo dado.

Los vecinos viniéron á mis voces; mi amo que temia que hiciese yo mencion de lo que le habia dado,

dixo á su muger ; «te prohibo el que puedas mandar á este ninguna cosa trabajosa ; y le mando que no te obedezca, si lo hicieses.» Desde este instante se hizo ella mi mortal enemigo. Por último, fué pasándome mi amo con razones, y señaló el término para llevarme á qualquiera de los sitios que le habia yo nombrado para el octubre siguiente.

CAPITULO XV.

*Procuran hacer que mude
de religion Mr. Brisson.*

Quando á los árabes empezaban á faltar las provisiones, sus perros estaban mejor alimentados que nosotros, solo porque eramos cristianos; en los cubos donde echaban la comida para aquellos animales se nos daba nuestra pitanza. El fin que tenían era el de hacernos mudar de religion. Solo el oirlo nos estremecía, á pesar de que no teniamos mas alimento que el de unas almejas crudas, algunas yer-

bas y plantas bien pisoteadas. Una jóven esclava mora que llevaba á pacer su rebaño con el mio, me hizo perder hasta la menor esperanza de volver á recobrar jamas mi libertad. Me pintó á Sidy-Mahamet como un gran pícaro. Desde este instante perdí mi aliento, todo me parecia fastidioso é insoportable.

Ya no volví á ver mas á mis desgraciados compañeros; su pérdida me entristeció sumamente, y con particularidad la del capitan, porque nos consolabamos mutuamente con la lisonjera esperanza de poder algun dia volver á ver nuestra patria.

CAPITULO XVI.

*Como recobró su libertad**Mr. Brisson.*

Me resolví á coger el dinero y alhajas que habia dado á mi amo , porque con esto esperaba encontrar algun árabe que me sacase de los desiertos. Pero Sidy-Mahamet conoció al instante que se lo habia yo quitado. Se lo volví despues, pero á condicion que habia de darme por mañana y tarde una porcion regular de leche , y que me haria llevar á Mogador.

El acaso traxo al sitio

mismo que yo regaba con mis lágrimas el cherif de la tribu de Trárgea. Me preguntó quien era yo. Los árabes le contaron mi historia, y le ponderaron particularmente las inmensas riquezas que se decia que tenia yo en el Senegál. El cherif me preguntó que empleo habia tenido en la isla de San Luis. Respondí á sus preguntas. Me miró con mas cuidado, y dixo gritando: «pues qué! ¿Eres tu Brisson?» El se quedó como aturdido quando le respondí que sí; y volviéndose á los árabes, les dixo: «no conocéis á este cristiano; todos los tesoros del Senegál son suyos.» El

se creía que todos los almacenes del rey eran míos, porque me había visto disponer en ellos de las armas, pólvora, &c. Movido de esta relación lisongera un cuñado de mi amo me compró inmediatamente, y dió por mí cinco camellos.

Yo no sabía todo esto que había pasado; me volvía de dar de pacer á mis camellos, quando mi ama me mandó que llevase á una tienda vecina un perol que la habían prestado. Allí me encontré con Sidy-Sellem. quien me dixo que me dispusiera para seguirle la mañana siguiente á Mogador. Tantas veces me habían engañado, que no me atrevia

á creerlo. Sin embargo, los preparativos que vi hacer para nuestro viage me convencieron de la verdad de sus promesas. ¡Qué sorpresa tan agradable fué la mia! Me arrojé á sus pies, lloraba, suspiraba y reia á un mismo tiempo. Yo no sabia lo que me hacia. Se necesita haber co'ocido la falta de libertad para formarse una idea c' lo que experimenté en mí, quando supe que mis cadenas iban á romperse. Mi primer amo me dixo entónces, que ya no era yo suyo. «Te he cumplido la palabra (añadió), y vas á volver á tu patria,» Al oír esto olvidé todo mi resentimiento y me entregué

á la alegría. Esta se aumentó , quando supe que iba á tener otro compañero. Yo estaba muy distante de sospecharme que pudiese ser el desgraciado panadero á quien creia ahorcado ; apenas le ví , le pregunté por que especie de milagro se habia escapado de la muerte. « Yo no lo sé (me respondió) pero lo cierto es , que habiendo vuelto á mis sentidos , despues de que Sidy-Mahamet me dexó por muerto , me metí arrastra en la caverna de un peñasco , y habiendo alentado un poco me resolví á ganar las costas del mar con la esperanza de encontrar algun navío. Al cabo de seis dias

llegué á ellas sin más alimento que el de la yerba. Apenas habia dado algunos pasos por las orillas del mar, quando me detuviéron dos jóvenes árabes. Desde este instante he sido su esclavo; me han tratado con bastante suavidad, y son sin duda ménos feroces que los de lo interior del país. Quince dias hace que me dixéron que me iban á llevar al Sultán; pero yo me creí que venian á entregarme á nuestro antiguo amo.» Este, Sidy-Mahamet manifestó que sentia mucho separarse de mí, y me encargó que le enviase con Sidy-Sellem un vestido de grana para su muger; hizo que

floraba de sentimiento, y hubiera logrado engañarme en efecto, si no hubiese yo conocido el sumo grado á que llegaba en él la ficción.

CAPITULO XVII.

*Trabajos de Mr. Brisson,
durante su viage á
Marruecos.*

Ya hacia sesenta y seis dias que estabamos en camino ; yo no podia ni aun arrastrarme ; mis piernas estaban hinchadas , y mis pies llenos de heridas.

Las razones de mi amo, y mi esperanza me alentaban ; yo hacia unos esfuerzos mas que humanos , y en el instante en que ménos me esperaba alcancé á ver el elemento que me habia sido tan fatal , y que

debía volver á ser otra vez dueño de mi destino. Yo echaba por todas partes unas ansiosas miradas , quando veo de repente con una alegría increíble , con una alegría que no se puede concebir sin haber sido ántes por mucho tiempo desgraciado , veo tremolar el pabellon frances en el puerto de Mogador , que no habia yo conocido hasta entónces mas que con el nombre de Soira. Apénas me quedaban fuerzas para derramar algunas lágrimas. Miraba al mar ; estaba viendo los navíos , los pabellones y la ciudad , y me creia aun ser un sueño. El pobre panadero , confundido igualmen-

te que yo , acompañaba con sus suspiros á los míos. A la entrada de la ciudad me encontré dos europeos. «Caballeros , (les dixen) miren ustedes este desgraciado y preséntenme algun socorro. Vuelvan ustedes á la vida mi cuerpo abatido con el peso de las desgracias. ¿Donde estoy? ¿De qué pais son ustedes? ¿A quantos estamos de mes y año? Los dos eran de Burdeos. Despues de haberme hablado un rato , se marcharon á casa de los señores Dupart , y Cabannes , quienes se complacen en socorrer á los desgraciados que arriban á aquellas costas. Al punto viniéron á buscarme ; me

abrazáron á pesar de la horrible situacion en que estaba, y lloráron de alegría, porque podian aliviar á un desgraciado. Vaya, (me dixéron); pasáron ya esas desgracias; vengase vmd. con nosotros, que procuráremos hscérselas olvidar.

CAPITULO XVIII.

*Mr. Brisson es presentado
al emperador de Mar-
ruecos.*

Quando estaba yo esperando á que me presentasen al emperador, vi un capitán que pasaba revista á su compañía. Estaba sentado en tierra y con la bårbilla apoyada sobre sus puños. Hizo desfilar dos á dos sus soldados, y les dió sus órdenes; los últimos se arrodillaron delante de él y se retiraron.

Cinco ó seis guardias se viniéron á mí con unas va-

rás blancas , me cogieron de los cabezones como á un malhechor , y habiendo hecho abrir dos grandes puertas , me entraron en una granja , donde no ví cosa alguna que anunciase la magestad del trono.

Ya me habia yo pasado de una especie de carreton grande , quando haciéndome dar una vuelta mis conductores , me mandaron que me hincase de rodillas delante del carreton donde estaba el emperador entreteniéndose en rascarse los dedos de los pies. Me miró un corto instante , y me preguntó si era yo uno de los cristianos que habian naufragado sobre sus costas ; á

qué iba al senegal ; si era casado , rico , &c. Se hizo traer papel y tinta con una cañita que le servia de pluma ; señaló los quatro puntos cardinales para manifestarme que París estaba al norte ; escribió doce letras francesas , y me preguntó si las conocia. Me hizo otras preguntas de la misma naturaleza para ostentar su raro talento , y de allí á un instante , mandó el emperador á uno de sus guardias que me hiciese dar de su propia cocina quanto necesitase para mi subsistencia. Este guardia se quedó muy admirado de ver que se dignase el emperador hablar tanto tiem-

po con un esclavo.

Por fortuna el consul frances tenia entónces todo el favor del emperador, porque le habia hecho grandes regalos. Nos puso en libertad á todos, y ya no tuvimos que pensar mas que en los medios de volver á Francia.

CAPITULO XIX.

Noticias de Berberia enviadas al Dr. Forestier á Roma en 1785.

Ahora estoy, mi estimado Dr., segun he deseado siempre; estoy viajando, y me empleo enteramente en la historia natural. Hace unos dias que habitaba yo en la antigua Numidia, a donde llegué en mala ocasion. La peste destruia aquel pais despues de dos años, y el contagio se propagaba de tribu, en tribu, por descuido de los habitantes.

Me han pintado á los árabes y moros como unos pueblos los mas feroces del mundo ; son en efecto enemigos declarados de los cristianos , tanto por preocupacion como por los principios de religion.

Estas circunstancias son terribles para mí , que deseo recorrer toda esta tierra. Sabré , sin embargo , armarme de paciencia , y espero que tomando algunas precauciones contra el contagio y los bandidos , podré arriesgarme para hacer alguna correria. Me parece que las naciones que vienen á vender granos á Calaa y comercian con los europeos deben ser mas tratables.

Empezaré por ellas, aunque confieso á vmd. que el exterior y trage de estos árabes me asustan, pero procuraré alentarme, porque no es mi designio el de limitar mis viages á este peñasco estéril, donde unos trescientos corzos y provenzales trabajan tanto para enriquecer á algunos comerciantes franceses.

Me habian pintado el Africa como una tierra estéril y arenosa; pero quanta fué mi alegría quando llegué á ella! Por todas partes alcancé á ver las colinas cubiertas de verdura, unas perspectivas risueñas, y unas vastas llenuras tapiizadas de flores. Ni aun

quise emplear mi tiempo para descansar de las fatigas de mi viage, eché á correr hácia el campo, y encontré á primera vista el *Antillia barba jovis*, el *Spartium monospermum*, la *Passerina hirsuta*, el *Camærops humilis* y otras muchas plantas raras.

Estas costas silvestres é incultas que inspiran una especie de languidez á los que llegan á ellas, me parecieron el mejor jardín del mundo. Quántos objetos dignos de observarse he visto en esta region barbara, ya considerando la fertilidad de un terreno abandonado á la naturaleza, y ya reflexionando sobre la vida er-

rante y perezosa de los moros y árabes vadiunos! Pero no estoy aun suficientemente enterado de todo esto para dar á vmd. alguna idea de ello; en lo sucesivo le remitiré una relacion bien circunstanciada. Mientras tanto, queda de vmd. =

Poiret.

CAPITULO XX.

Aventura extraordinaria.

La ciudad de Calaa, á treinta y seis leguas de Tunez, está construida sobre un peñasco estéril de muy poca extension. La compañía de las indias tenia allí su principal contaduría bajo la proteccion de un gobernador, con quince oficiales subalternos.

Los moros estan excluidos de allí, á excepcion de algunos que se reciben por reenes, ó para las obras mas vastas y trabajosas. La ciudad tiene de trescientos á

quatrocientos vecinos, corzos ó provenzales casi todos.

Las mugeres, que formó el divino Criador para alivio y consuelo de los humanos, no son admitidas en ningun caso en esta isla. Alguna vez que intentó el gobernador llevar la suya, ocasionó un motin, y se vió precisado á despacharla.

Esta privacion influye mucho en el carácter de los habitantes. Son tristes y melancólicos; separados por sus intereses particulares, y juntos por necesidad se detestan por envidia; sin amistades, sin diversiones ni placeres; los extrangeros no pueden tener allí estas juntas donde la buena ar-

monía y el deseo de hacerse mutuamente dichosos suplen digamoslo así, á los recreos que se encuentran en el trato del bello sexô. Si los hombres padecen por esta privacion, tampoco dexa de ser ella un origen de penas é inquietudes para sus esposas que se quedaron en Francia. Un pobre artesano vecino de la ciudad de Marsella, reducido á mendigar su pan por no hallar donde trabajar, tomó el partido de abandonar su muger, á quien amaba con una ternura igual á la que se le tenia, y de embarcarse para Calaa. El se guardó muy bien de hablarla de las circunstancias,

de esta isla, que tal vez no conocia el mismo. Al cabo de cierto tiempo, no recibiendo noticias de su marido, se informó exâctamente, y no pudiendo vivir sin él, el amor la sugirió un expediente para ir á buscarle; se disfrazó de jornalero, y se hizo alistar como uno de los pasajeros que iban á Calaa.

En la travesía manifestó bastante aliento; su figura y juventud la procuraron la amistad del capitán y de todo el equipage. Las tímabanse todos de la suerte de este pobre desgraciado reducido á la necesidad de tener que ir á habitar una tierra tan fatal para los

jóvenes, y mucho mas para los que son de una constitucion delicada. Su compasion no servia mas que para renovarla su dolor; ella no temia sino por su marido; su fogosa imaginacion daba aumento á los peligros.

A la altura de las costas de Africa los vientos contrarios obligáron al capitan á desembarcar en Bona. Buscando los marineros sus efectos para baxar á tierra llegáron á notar que ella llevaba camisas de muger. Al punto congeturáron que no era lo que les habia parecido á los principios. Sus sospechas se realizáron prontamente. Ella hubiera te-

nido mucho que sufrir de la brutalidad de esta clase de gentes si el capitán, á quien tuvo que declararse, no la hubiera amparado.

Al primer viento favorable se hizo él á la vela para Calaa, donde en quanto llegó se presentó al Gobernador con esta fiel esposa. Ella estaba tan agitada que no pudo responder á sus preguntas hasta que la dió noticias de su esposo quando supo que aun vivia; la alegría que se apoderó de ella pudo haberla sido muy funesta. El Gobernador quiso presenciar la escena de una vista tan tierna, y envió á buscar al marido. En

quanto este se presentó se quedó confuso al ver un joven jornalero que se arrojó á abrazarle y le rociaba con sus lágrimas sin poder hablar ni una sola palabra. Por mas que se le dixo que era aquella su muger, no podia creer á sus mismos ojos. Absortos los dos por las mas tiernas sensaciones se esforzaban para hablar pero las palabras espiraban sobre sus labios. Sus ojos humedecidos por el llanto no podian ver á los concurrentes que gozaban de su felicidad. El Gobernador les dió un alojamiento particular; y el esposo convencido por su muger se embarcó con ella para Marse-

lla (1), donde se le dió que trabajar en lo sucesivo.

Quedo siempre de Vmd.

Poiret.

(1) Yo mismo volví á Francia con el capitan que llevó esta muger á Berbería; y él me confirmó la verdad de lo que acabo de escribir.

CAPITULO XXI.

*Mr. Poiret sale de Calaa
para ir á buscar flores
y plantas.*

No he podido resistir mas tiempo mi querido Doctor al deseo de ir á estudiar la naturaleza. A pesar del contagio, de las guerras civiles, y de quanto me han dicho el Gobernador de Calaa y todos los oficiales, he saltado por todo. Aun no estamos mas que á últimos de Mayo, y no se puede ya salir despues de las nueve de la mañana por los excesivos calores. Hace quince dias que fui á hacer una

correria por los campos y llevaba el mismo ropage que Robinson Crusoe. Yo iba envuelto en una especie de capa con capucha grande que me llegaba á los talones. Este es el vestido de los árabes; es todo de una pieza, sin costura, cerrado por delante, y con listas de tela de seda en los cabos, y sobre el pecho. El capuchon iba atado en mi cabeza con una fuerte cuerda de pelo de camello de muchas varas de larga; los moros la usan en lugar de turbante. Para libertarme de la fuerza del sol tenia yo ademas un sombrero redondo hecho de hojas de palma del que se sirven en vera-

no los gefes árabes. Así mitad cristiano, y mitad moro, en la apariencia, travesé las calorosas arenas de Berberia. Mi rostro se ennegrece insensiblemente como el de los africanos; ya no me falta mas que una barba bien poblada, con las piernas y brazos desnudos, para disfrazarme en un todo. Aunque mi fin no sea otro que el de buscar plantas é insectos, no dexo de ir armado de pies á cabeza como los árabes. Estos llevan regularmente un cinturón ancho de cuero lleno de cartuchos, un par de pistolas, una especie de puñal, un fusil y sable. Con estos aparatos me pre-

sentó con valor en las tiendas de los árabes, acompañado de un criado y de dos vecinos del país que aprendieron en Calaa la lengua limusina; sin embargo, no me fio de mi valor ni de mis armas. Antes de pasar adelante procuro informarme si la nacion que voy á visitar tiene algunas correspondencias con Calaa, si está sujeta á algun gefe, si puede entrar en ella con seguridad un christiano; y sobre todo si reyna en ella la peste; y hasta que oigo lo respuesta de mis intérpretes me estoy muy quieto. Hasta ahora no he corrido ningun riesgo, á pesar de que se puede fiar muy

poco en los árabes.

El otro dia estaba yo mirando con arretrato las bellezas de la naturaleza que me rodeaban, y las cabañas de los árabes, quando de repente unos doce de ellos se viniéron al sitio en que me hallaba. Confieso á vmd. que á vista de aquellos bárbaros no pude reprimir mi susto, porque estaban armados, y me presumí que me vinieran á acometer. Los moros que me acompañaban me tranquilizáron. Quando estuviéron cerca de nosotros les saludé segun la costumbre de su tierra, y les hice decir que se parasen á alguna distancia de nosotros por mi temor á la peste.

Olvidándome entónces de la pintura que se me habia hecho de su ferocidad, ó atribuyéndola mas bien al despotismo que les oprime y á su comercio con los europeos que les han enseñado á robar, procuré persuadirme á que quanto mas cerca está el hombre de la naturaleza, deberia ser mejor. En ellos ví los patriarcas de la antigüedad ocupados del único cuidado de su rebaño, y exêntos de la multitud de necesidades que ha inventado el luxo. Ví en ellos unos hombres á los que debia la hospitalidad, pues que me ofrecian un asilo en sus tiendas; y aunque no encontré en ellos la refinada

política de los europeos; encontré, á lo ménos, la franqueza rustica, tal como se podia desear en el hombre de la naturaleza. Discurriendo así conmigo mismo, y dexándome arrebatado del deseo que tenia de encontrar en todo el género humano un fondo natural de generosidad, caí en un error que me fué en lo sucesivo harto perjudicial.

El mismo recibimiento con corta diferencia se me ha hecho en las diferentes tribus que he visitado; pero el miedo de la peste me ha impedido algunas veces el tratar con ellos de cerca; y como el

Tomo VII. I

peligro quando está uno encima de él , no es tan fuerte , me he llegado á reconciliar poco á poco con las tiendas de los árabes. Todas las noches me reciben en ellas , y aun me ponen á su mesa.

Poiret.

CAPITULO XXII.

*Del trage de los Moros, y
de los árabes Uadelinos.*

Mientras que vmd. admira en Roma las obras maestras de los grandes hombres, recorro yo las llanuras de la antigua Numidia. Vmd. busca los romanos entre los italianos, y acaso no hallará ya, ni en su figura, ni en su carácter aquel noble orgullo, aquellos rasgos de magestad y de valor, que eran el distintivo de los dueños del mundo. Yo salgo mejor librado que vmd. pues creo estar viendo un

getulio en cada montañas del Arabia. Pero ¿puedo lisonjearme de haber encontrado la perfecta semejanza en un pueblo que ha conservado la ferocidad de los primeros habitantes de estas regiones? Es una cosa muy triste para la naturaleza humana el ver degenerar poco á poco casi todas las naciones de las virtudes de sus antepasados, y que solo conserven de ellas sus mas detestables vicios. Tal es sin embargo, la pintura que nos presenta la historia de todos los siglos. ¿Dónde encontraremos ahora los sábios de la Grecia y del Egypto, ni los héroes de la antigua Roma? En vano los busca-

riamos entre sus descendientes, siendo así que los asiáticos han conservado su primitiva afeminación, y que los barbaros africanos estan aun sedientos de sangre. ¡Quántas figuras dignas del precioso buril de vmd. he encontrado ya entre los moros! Unos ojos llenos de fuego y de expresion; unas facciones que demuestran su arrogancia, la nariz aguileña, los brazos nerviosos, el andar noble, las piernas, muslos y espaldas casi siempre desnudas son los distintivos mas ciertos de casi todos los moros. A pesar del adagio, no son por naturaleza morenos como lo dicen diferentes historiado-

res. Todos nacen blancos como nosotros, y lo serían toda su vida, si con su gran trabajo no estuviesen expuestos á los rayos del sol. Las naturales de las ciudades tienen la tez mas clara que la mayor parte de nuestras damas europeas ; pero las que habitan en los montes, expuestas continuamente al sol, como van casi siempre desnudas, se ponen desde su infancia negras como una tinta.

Su trage es digno de notarse, yo le creo antiquísimo. Me han asegurado que hácia el desierto de Zaara la mayor parte de los árabes andan enteramente desnudos. Es cierto que he encontra-

do algunos de ellos sin vestidos: y otros que solo llevaban una especie de calzoneillos. Pero su ropage es más ó ménos sencillo á proporcion de su fortuna y nacimiento. Los mas pobres, que por consiguiente son la mayor parte, se envuelven el cuerpo y la cabeza con una pieza de paño de tres ó quatro varas de larga. Otros añaden á esto una camisa semejante á las de nuestras mugeres, ó una túnica de paño de lana sin mangas, que les baxa hasta las rodillas. He visto algunos gefes árabes vestidos de telas de lana tan blancas y finas que llegué á tenerlas por musulina. La lana

de Berberia ha sido la mejor siempre. Las mugeres llevan igualmente que los hombres una pieza de tela, pero arreglada de diferente modo, y se sirven ademas de otros muchos adornos, que no contribuyen á dar realce á su hermosura. Se arreglan el pelo en trenzas, y las dexan caer sobre sus espaldas; pero los hombres se afeytan la cabeza, y solo se dexan una mata de pelo. Las moras llevan en las orejas, en sus brazos y piernas varios anillos de hierro; algunas veces añaden á esto varios pedazos de coral. Las coquetas (que tambien las hay en los pueblos salvages) en lugar de el color encar-

nado, que no produciria ningun buen efecto sobre su tez negra, se dan con pólvora mezclada con antimonio para dibuxar diferentes figuras en su frente, y sobre sus párpados. Los hombres hacen lo mismo en sus brazos, en su pecho y manos. Tambien entra un poco de supersticion en estos caractéres místicos. Este traje de que acabo de hablar, es particular y comun de los árabes que andan errantes por los montes y desiertos; pero varía mucho entre los habitantes de las ciudades; unos llevan la cabeza desnuda ó cubierta con un gorro encarnado; otros gastan turbante como los

turcos, y aun se visten como estos, y suelen llevar chinelas; pero los montañeses van con los pies desnudos.

Y Casi todos los habitantes de Africa, hasta en la Guinea, y aun los árabes de Asia tienen un mismo traje. Los apasionados de la antigüedad podrian hacer unas investigaciones muy curiosas sobre este asunto. Lo que me hace creer que es muy antiguo es que no conocen la variedad de las modas. Jamas piensa un hijo en vestirse de diferente modo que su padre; pero aunque lo intentase, su industria es tan limitada, que sus sastres se hallarian muy

confusos si se viesen en la precision de mudar la forma á los vestidos.

Las cabañas de los moros son tambien muy sencillas. Estan hechas de cañas y ramos de árboles, ó bien son unas tiendas de campaña. Quando hay muchas de estas juntas las llaman *un duar*. Son aun hoy tales como eran en tiempo de Salustio. Las de los gefes son mas altas y largas. Se valen para hacerlas de un paño muy espeso de color pardo, ó negro. La facilidad con que las transportan les hace mudar de sitio muy a menudo segun la estacion ó las necesidades. El catálogo de sus muebles es tam-

bien muy corto. No tienen mas cama que el duro suelo; los mas señores se acuestan sobre paja, sobre un tapiz, y quando mas en un solo colchon.

Por todo lo dicho puede vmd. suponer que sus comidas no son ni delicadas ni variadas; no hacen mas que una al dia, que exiêge muy poca preparacion; pero los que estan muy ricos suelen comer dos veces.

Segun su religion; los moros estan obligados á labarse las manos, la boca y barba antes y despues de comer; pero muchos de ellos no cumplen con esta ceremonia.

Quando emprenden los

moros viages largos, si creen
 que no han de hallar lu-
 gares donde les concedan
 hospedage, llevan una cier-
 ta cantidad de harina. Quan-
 do les aprieta el hambre
 hacen con ella, echándola
 agua, unas bolitas en las
 palmas de sus manos, y es-
 te corto alimento les sos-
 tiene en sus mas largas cor-
 rerías.

Poiret.

CAPITULO XXIII.

De la urbanidad y costumbres de los moros.

Los moros, aunque medio salvages, tienen ciertas señales para manifestar la amistad y el respeto: señales que no constan entre ellos de mas sinceridad que entre nosotros. Su modo de saludarse, quando se encuentran, es el ponerse la mano derecha sobre el pecho, inclinarse y dar los buenos dias. Despues de hecho esto, preguntan por la salud de la familia, de la pollina, del rebaño, y no

se olvidan de preguntar hasta por la tienda. Si son muy amigos, se besan en las mejillas y en la espalda; se dan las manos, y se abrazan; pero quando su amistad es muy íntima, se contentan con tocarse las puntas de los dedos, y cada qual lleva su mano á su boca.

Quando encuentran algunas personas distinguidas, como un gefe, un bey, ó kaid les besan la mano con muchísimo respeto. El mayor favor que hacen los grandes á los que vienen á presentarles sus homenages, es el de alargales la palma de su mano, que por lo regular dan por el reverso; y

la mayor señal de sumision es la de besarles la cabeza, el turbante, las espaldas y ropa. Los hay que se arro- dillan delante de ellos. Ja- mas se acerca un moro á un grande sin quitarse ántes las chinelas.

Las acciones en su con- versacion son muy vivas, llenas de gracia y de expre- sion. Tienen la voz fuerte y sonora, de modo que se les oye desde mucha distancia. La costumbre que tienen de vivir en los campos, y de hablarse desde léjos, les ha- ce tomar desde su infancia un tono de voz muy eleva- do. En las ciudades su acen- to es mas suave, y no fa- tiga tanto al oido.

Los moros no piensan como los europeos que el regoldar sea una indecencia; al contrario, ellos dicen *saha* á quienes sucede esto: palabra que quiere decir, *buen provecho haga á vmd.* La misma emplean en otras muchas ocasiones, como quando comen, beben ó fuman. Quando estan descansando no cruzan las piernas como los turcos, sino que se sientan sobre su fusil, poniéndole debaxo de las rodillas, pues nunca dexan sus armas, como no sea en su tienda. Así es como suelen pasarse dias enteros sin hacer nada; en la pereza consiste toda su felicidad.

Poiret.

CAPITULO XXIV.

Relacion compendiada del viage del gobernador Philip á Botany-bay, y del establecimiento de las colonias en el puerto de Jack-son y en la isla de Norfolk.

La flota se componia del *Sirio*, navío del rey, mandado por el gefe de esquadra Philip, y el capitan Hunter, del *Alegre*, el *Supply*, su teniente Ball, de tres navíos cargados de provisiones, y de otros seis de transporte, que llevaban doscientas cincuenta muge-

res , y seiscientos hombres todos sentenciados á destierro. Habia ademas quarenta mugeres de marineros que habian obtenido licencia para seguir á sus maridos.

Dexamos la Inglaterra el 20 de Mayo de 1787, y fuimos á tender anclas á las islas Canarias.

En la travesia los presidarios que llevabamos en el *Scarboroug* quisiéron hacerse dueños de este navío; pero por fortuna se conoció su intencion á tiempo, y pusimos á los cabezas del motin á bordo del *Sirio*, donde se les castigó rígorosamente, y se les colocó con separacion sobre los otros navíos. Segun las de-

claraciones de los cirujanos á la mañana siguiente de nuestro arribo á la bahía de Santaeruz, en la isla de Tenerife, se encontraban en la lista de los enfermos nueve marineros, y setenta y dos presidarios; y habian muerto veinte y una personas, y tres hijos suyos de poca edad.

No habiendo podido anclar en la bahía de Puerto-Praya, de la isla de Santiago en el Cabo verde, pasamos baxo la Zona Tórrida, y arribamos el 6 de Agosto á Rio-Janeiro donde permanecimos hasta el 4 de Setiembre para calafatear. La travesía desde Rio-Janeiro al Cabo de Bue-

ua-Esperanza fué harto dichosa, y con la misma felicidad continuó nuestra navegacion hasta Botany-Bay donde tendimos anclas el 18 de Enero de 1788.

CAPITULO XXV.

Del puerto Jakson y de sus habitantes.

El Gobernador vió que Botany-Bay era muy mal sano para poderse establecer la Colonia. Es en efecto un país pantanoso y humedo, y no hay ninguna bahía segura para los grandes navíos; por consiguiente se hizo á la vela para puerto Jakson, que es tan espacioso que pueden maniobrar en él cien navíos de línea. Encontramos allí una rada excelente, á la que

nombró el gobernador la Cala de Sidney.

Quando íbamos á desembarcar, descubrimos una quadrilla de los naturales del país. Estaban armados con lanzas, y daban unos horrorosos gritos; pero el gobernador se acercó á ellos, solo y sin armas, y les quitó así todas sus sospechas. Uno de ellos, que al parecer era su gefe, le dió varias señales de una grande confianza y de mucha firmeza; quando se vino solo con el gobernador Philip hasta el parage donde el equipage de las lanchas tenia los ranchos de la comida, viéndose separado de sus compañeros, se paró, y

empezó á amenazarnos con sus gestos y palabras, si abusábamos de su buena fe. Entónces echó á andar hácia nosotros, y lo registró todo muy sosegadamente.

Quando tomamos tierra en Braken-Bay, viniéron á vernos algunas mugeres. El gobernador fué el primero que observó que las faltaban dos nudillos de la mano izquierda. Como nos parecieron todas casadas, se creyó á los principios que esta debía ser una de las ceremonias de su matrimonio; pero despues que entramos en una cabaña vió á una niña, de cinco á seis años, que tenia igual falta, y á otras de avanzada edad que

no la tenían. Los habitantes de la nueva Gales meridional tienen muy pocos adornos, á excepcion de los que se pintan sobre su tez. Los hombres llevan la barba corta y parece que se la que- man. Quando nosotros llegamos tenían algunos mucho gusto de que les afeytasen nuestros marineros. Algunas veces se atan al pelo dientes de perro ó de otros animales; lo que nunca hemos visto en las mugeres; pero sí que algunas de ellas se blanquean el cuello y el pecho con una especie de greda ó tierra blanca.

Quando llegaron á conocer que teniamos intencion de establecernos con ellos,

Tom. VII.

K

se hicieron ya mas reservados , pero jamas nos hicieron ningun daño. Algunas veces han tenido sus riñas con nuestros presidiarios ; pero debe suponerse que fuéron estos siempre los agresores. El gobernador se ha portado con tanta prudencia y resolucion que la Inglaterra y la nueva Holanda deben esperarse que el establecimiento de la Colonia llegará á ser de la mayor utilidad, como se va viendo ya. La Colonia que está baxo la direccion del teniente King en la isla de Norfolck está tambien muy floreciente.

CAPITULO XXVI.

De la isla de Norfolck : suplicio de uno de los presidarios.

En 19 de Marzo de 1788 llegó el teniente Ball de la isla de Norfolck, después de haber desembarcado y dexado allí al teniente King su colonia, sus provisiones y armas. Este desembarco se hizo con mucho trabajo, pues es muy incómodo su puerto. La descripción que nos dió de esta isla el capitan Cook quando la descubrió, es en un todo exâcta; pues es ver-

daderamente un paraíso terrenal. En quanto se fundó la Colonia, hubo que tener un consejo de guerra donde fuéron sentenciados seis de los presidarios que querían continuar con su antiguo oficio; tan inveterada estaba ya en ellos la costumbre del robo. El que hacia de cabeza de partido fué executado inmediatamente. Se perdonó al uno de ellos que era ménos culpable, y los otros quatro fuéron desterrados á una isla pequeña donde estaban á pan y agua.

CAPITULO XXVII.

*Primer acto de hostilidad
cometido por los naturales
del pais.*

En el mes de Junio se presentáron los naturales del pais (sin haber sido provocados) armados con dardos envenenados, á tiempo que nosotros estabamos pescando. Estaban resueltos, como eran tantos, á llegar á las manos si les haciamos alguna resistencia. Se quedáron los mas puestos en órden de batalla, miéntras que algunos de ellos se echáron sobre nuestro pescado, y

se lo lleváron. El gobernador supone que les obligó la necesidad á este acto de violencia; porque en el invierno tienen mucha escasez de provisiones, y particularmente de pescados; al Julio siguiente hizo el gobernador una correría para registrar bien el pais entre Puerto Jackson y Broken-Bay. Encontró el terreno por lo general muy fértil. Durante esta vuelta tuvimos varios encuentros con los naturales; pero no hubo la menor discordia; sin embargo, nos diéron nuevas pruebas de que no les acomodaba mucho nuestro vecindario. El 2 de Octubre se hizo el *Sirio* á la vela para

CAPITULO XXVIII.

*Clima y territorio de la Cala
de Sidney.*

Tenemos 'intencion de edificar en la rada de Sidney una ciudad , cuya calle mayor ha de tener doscientos pies de ancho. Hay ya para esto muchos y buenos materiales , pero no se ha podido encontrar una cosa que pueda suplir por la cal, que falta absolutamente.

El clima es tan agradable como el mejor de Europa. Llueve muy poco, y casi nunca hay nieblas. El territorio , aunque ligero y

arenisco es tan bueno como el de nuestras costas. Todas las plantas y árboles frutales que tragimos del Brasil y del Cabo, han prendido bien. Hay muchas legumbres. El gobernador tiene en sus jardines excelentes melones y buenas coliflores. Los naranjos estan llenos de flor, y las higueras y viñas prometen mucho mas.

CAPITULO XXIX.

*De los descubrimientos del
teniente Shortland que vol-
vió desde Botany-Bay, á
Inglaterra por la ruta
de Batavia.*

Nos dexamos al go-
bernador en su nueva Co-
lonia, y nos hicimos á la
vela el 14 de Julio de 1788
en el *Principe de Gales*, el
Borrowdale y la *Amistad*;
perdimos de vista á muy
poco tiempo los dos navíos
primeros. Encontramos en
nuestra travesía varias islas
desiertas. Si hemos de juz-
gar de ellas por los habitan-

tes que vimos en sus canóas deben de ser muy fértiles. El 11 de Septiembre nos obligó el escorbuto á hacer un desembarco en una isleta que aun no habia sido descubierta. Encontramos en su ribera varias ramas de cocotero que nos hicieron creer que hallariamos allí algunos refrescos para los enfermos. Nuestros dos navíos echáron sus ánclas al agua. Miéntas que los nuestros buscaban un parage comodo para hacer el desembarco, les saliéron muchos indios en sus canóas, y les convidáron por señas á que desembarcáran; lo quisieron hacer por un parage que parecia ser un *morai* ó ci-

menterio ; pero los naturales no lo permitiéron. Muchas personas de ámbos sexôs se tiráron á nado y nos tragéron bambúes llenos de agua. Mr. Sinclair, capitan del *Alexandro*, que estaba en una de las dos lanchas, no pudiendo hacerles comprehender que pedía cocos y no agua, desembarcó en quanto encontró un parage conmodo, y habiendo visto á un viejo que tenia en el brazo un adorno de hueso, se creyó que era algun gefe, y le regaló algunos clavos y cuentas de vidrio para atraerse su amistad. Estos indios eran muy bien formados, y de mediana esta-

fura. Tenian el pelo muy largo, y llevaban en la mano un báculo pequeño y hueco que se parecia al ébano.

Sus armas son una lanza y una especie de bayoneta de hierro, que no podía ménos de provenir de los europeos. El gefe viejo hizo tambien su regalo al capitan. Era una especie de revoltijo de pescado, y arroz, y de otros muchos ingredientes, cuyo olor no era apetitoso. Al llegarnos á ellos pronunciáron los indios esta palabra *engles*, como queriéndonos preguntar si éramos de la tal nacion. Es muy probable que esta isla sea la de Artingal, don-

de nuestros compatriotas se habian hecho conocer cinco años ántes, prestando socorros á sus enemigos.

El escorbuto se aumentaba en términos que hubo que desamparar el navío la *Amistad* y echarle á pique. Quando las dos tripulaciones se juntáron, no quedaban (inclusos los oficiales) mas que diez y seis hombres y dos galopines, capaces de maniobrar. Si el *Alexandro* hubiera estado un poco mas distante de *Batabia*, no habia remedio, ni un solo hombre hubiera quedado para la maniobra. El 17 de Noviembre ya no habia mas que un solo hombre que pudiese trabajar,

por último echamos anclas entre las islas de Leyden y de Alkmará, y de allí á poco hicimos señal de socorro; pero viendo que no habia quien nos le prestase, tuvimos el 18 que recoger anclas

de la

Tuvimos anclas en las islas de la Sociedad en el mes de Julio de 1788. Omasi y los dos chicos de la nave de Holanda, que el capitán Cook habia dejado en ellas, habian muerto hacia ya algunos años. Mahine, jefe de Chimó, para vengarse de las pérdidas que habia sufrido, habia

CAPITULO XXX.

*Relacion del teniente Wat-
tse, de vuelta en el navio
de transporte Lady-penrhyn,
desde puerto Jackson á Can-
ton, por la ruta de las
Otahiti.*

Tendimos anclas en las islas de la Sociedad en el mes de Julio de 1788. Omai y los dos chicos de la nueva Zelanda, que el capitán Cook habia dexado en ellas, habian muerto hacía ya algunos años. Mahune, gefe de Cimo, para vengarse de las pérdidas que habia padecido, habia atacado á Otoo

y matado los rebaños que le habia dexado Cook. Otro vivia aun, y nos conservaba el mismo afecto. Volvimos á encontrar allí á Oediddeo, el que habia acompañado á Cook hácia el Sur; y aun se acordaba de los parages que habia recorrido con él.

La casa que el capitan Cook hizo edificar para Omai, subsiste todavía. En quanto á los caballos (nos dixéron los del pais) parió la pollina; pero murió á poco tiempo con su cria; el caballo vive todavía; pero sin poder servir para nada.

Podemos decir que las generosas intenciones de S. M. fuéron inútiles: el capitan Cook trabajó en vano para

conservar el ganado durante una travesía tan larga y molesta. Otoo deseaba que le hiciesemos pasar otros caballos; tenia tanta veneracion por el capitan Cook que llevaba siempre sobre sí su retrato.

CAPITULO XXXI.

Relacion del capitan Marshall, desde puerto Jackson á Canton, por la ruta de Tinian.

Salimos de puerto Jackson á primeros de Mayo de 1787, y tomando algunos refrescos en la isla de Howe, pasamos á la altura de la isla de Norfolk y tiramos hácia el norte. El 18 de Junio pasamos la línea á los 174 grados de longitud oriental.

Descubrimos en esta travesía muchas islas pequeñas. Quanto á sus habitan-

tes no se manifestáron muy deseosos de vernos; lo mas que supimos de ellos, es que andan cubiertos de pieles y se ponen conchitas en el pelo.

Salimos de Puerto Jack son a principios de Mayo de 1787, y tomamos algunas relaciones en la isla de Howe, pasamos a la isla de la isla de Norfolk y tiramos hacia el norte. El 18 de Junio pasamos la boca de los rios grandes de longitud oriental. Descubrimos en esta travesía muchas islas pequeñas. Quanto a sus habitantes

CAPITULO XXXII.

Del perro de la nueva Gales meridional.

Este perro no tiene dos pies de alto, sobre dos y medio de ancho. Su cabeza se parece mucho á la del zorro; tiene las orejas cortas y derechas, el hocico cubierto de barbas, de dos pulgadas de largo, las patas blancas, la cola de una largura regular, un poco doblada; pero ménos poblada que la del zorro; y los dientes como los demas perros, es de un color pardo sobre

la espalda, y mas claro hácia el vientre.

El gobernador Philip regaló uno á Mr. Nepean, hijo de una perra que tiene hoy la marquesa de Salisbury. En muchas cosas se asemeja á los otros perros, y participa mucho de su carácter; pero es tan montés ó salvage, que no se cree ya poderle domesticar. No gruñe ni ladra, pero eriza el pelo y se pone furioso. Le gustan mucho los conejos y polllos crudos; su ligereza y ferocidad le dan mucha superioridad sobre otros animales mucho mas grandes que él. Un dia le echáron un buen perro zorro, y tuvieron que quitarsele para

que no le matase. Salta con mucha ligereza , y si se pone á caballo sobre un asno, se agarra á él con tanta fuerza que el pobre animal no puede desecharle. Mata los carneros y animales monteses.

MOTIVOS
que se le atribuyen en sus
actos literarios y de poe-
sía, a caballo sobre un
señalado con tanta firme-
za que el poeta animalino
puede desahogarse. Para los
críticos y ministros mon-

10308

INDICE

DE LOS CAPITULOS

contenidos en este cuarto
tomo.

CAP. I. **D**escripcion
general de las islas
Pelew, sus produc-
ciones, habitantes,
disposiciones, cos-
tumbres, religion,
gobierno, &c. Pág. 1.
Tomo VII. L

- CAP. II. *Arribo del Antelope á Inglaterra ; anécdotas del príncipe Lee Boo.* 31.
- CAP. III. *Muerte y epitafio de Lee Boo.* 34.
- CAP. IV. *Viage de Hunter al reyno de Pegú ; particularidades de este pais.* 64.
- CAP. V. *Situacion y clima del Pegú.* 68.
- CAP. VI. *Descripcion de los habitantes del Pegú.* 71.
- CAP. VII. *Disposicion, costumbres, religion y artes de los habitantes del Pegú.* 75.
- CAP. VIII. *Objetos de su comercio.* 80.
- CAP. IX. *Usos y cos-*

tumbres de los árabes.

- CAP. X. Costumbres y caractères de los turcos, por un Frances en 1784. 112.
- CAP. XI. Descripción de la ciudad del Cayro en Egypto por el mismo autor: ceremonias practicadas en la salida de la Caravana para la Meca. 121.
- CAP. XII. Relacion del naufragio y cautiverio de Mr. Brison en 1787. 130.
- CAP. XIII. Mr. Brison cae en manos de un Talbe. 136.
- CAP. XIV. Modo de

*viajar por los desi-
iertos.* 144.

CAP. XV. *Procuran
hacer que mude de
religion Mr. Bris-
son.* 153.

CAP. XVI. *Como re-
cobró su libertad
Mr. Brisson.* 155.

CAP. XVII. *Trabajos
de Mr. Brisson, du-
rante su viage á
Marruecos.* 162.

CAP. XVIII. *Mr. Bris-
son es presentado
al Emperador de
Marruecos.* 166.

CAP. XIX. *Noticias
de Berberia, envia-
das al Dr. Forestier
á Roma en 1783.* 170.

CAP. XX. *Aventura*

- 239
extraordinaria. 175.
- CAP. XXI. *Mr. Poi-*
ret sale de Calaca
para ir á buscar
flores y plantas. 183.
- CAP. XXII. *Del tra-*
ge de los Moros y
de los árabes Uade-
linos. 191.
- CAP. XXIII. *De la ur-*
banidad y costum-
bres de los Mo-
ros. 202.
- CAP. XXIV. *Relacion*
compendiada del via-
ge del gobernador
Philip á Botany-
bay, y del esta-
blecimiento de las
colonias en el puer-
to de Jackson y en
la isla de Norfolk. 206.

CAP. XXV. *Del puerto Jackson, y de sus habitantes.* 210.

CAP. XXVI. *De la isla de Norfolck. Suplicio de uno de los presidarios.* 215.

CAP. XXVII. *Primer acto de hostilidad cometido por los naturales del pais.* 217.

CAP. XXVIII. *Clima y territorio de la Cala de Sidney.* 220.

CAP. XXIX. *De los descubrimientos del teniente Shortland, que volvió desde Botrny-Bay á Inglaterra por la ruta de Batavia.* 222.

CAP. XXX. *Relacion*

del teniente Wattse de vuelta, en el navío de transporte Lady-Penrhyu, desde puerto Jackson á Canton, por la ruta de Othahiti.

228.

CAP. XXXI. *Relacion del capitan Marshall, desde puerto Jackson á Canton por la ruta de Tinian.*

231.

CAP. XXXII. *Del perro de la nueva Gales meridional.*

233.



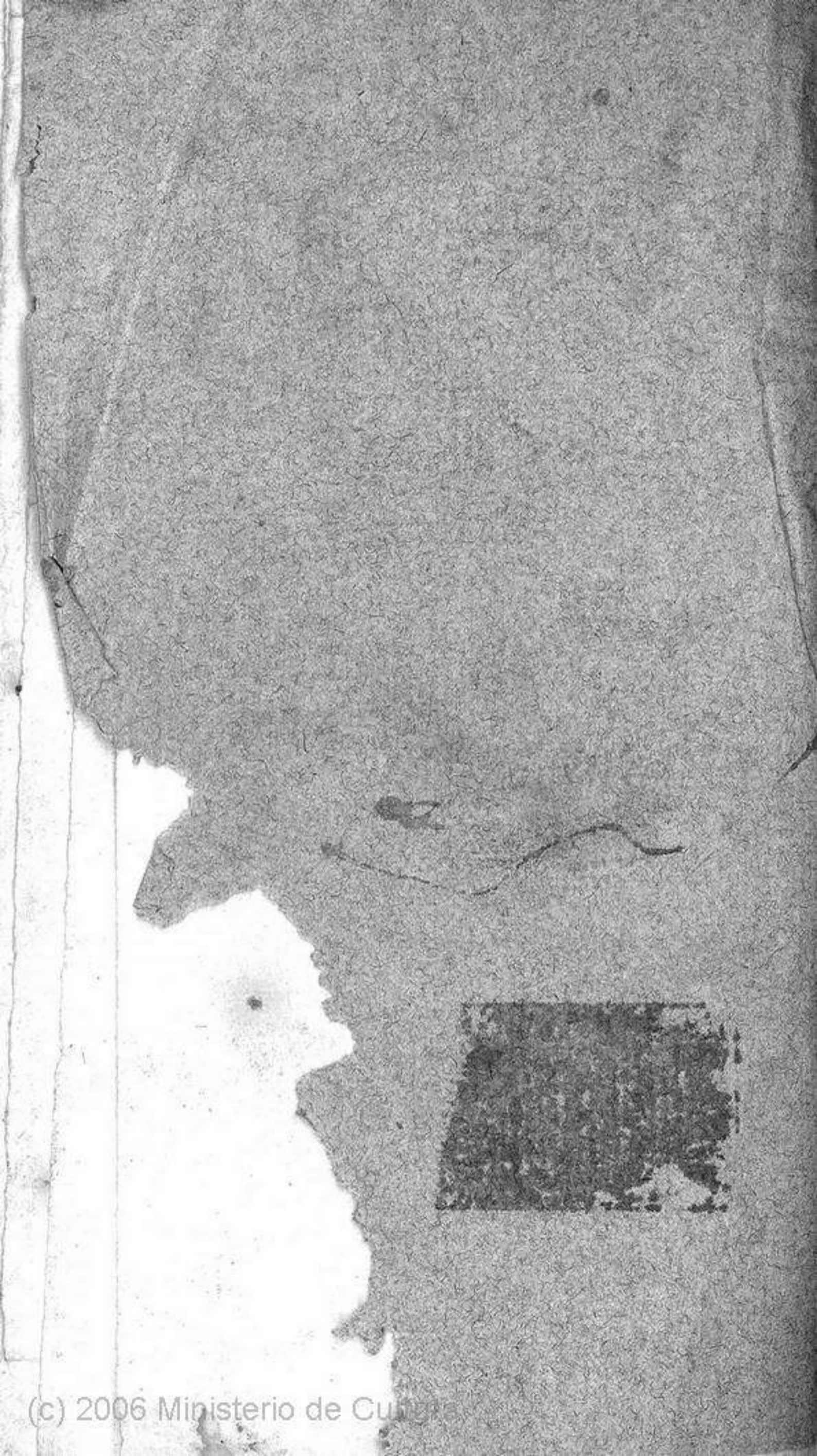
del territorio de
de la villa
entre las
de la villa
de la villa
de la villa

CAP. XXXI. De la villa

del territorio de
de la villa
de la villa
de la villa
de la villa
de la villa

CAP. XXXII. De la villa

del territorio de
de la villa
de la villa
de la villa
de la villa
de la villa



BIBLIOTECA

DE LAS

DAMAS.

Tom. 3